

LA SEMANA ILUSTRADA



10 CÉNTIMOS NÚMERO 99

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—Boda de almas, por Jacinto Octavio Picón.

(Léase en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 20 de Marzo de 1909.

Núm. 99.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA

BODA de

ALMA

POEY JACINTO OCTAVIO PICÓN

—A eso, que te hace reír, le encuentro yo una poesía muy grande.

—No sé qué poesía pueda tener la boda de un señor de sesenta y muchos años con una mocita que estará para cumplir, poco más o menos, sesenta, porque esa es la edad de los novios.

—Pues tiene, aunque no lo creas, la poesía, el encanto indestructible de una intensa moral, de algo que depende sólo del sentimiento y vale para ellos tanto como para los que somos jóvenes, la mayor exaltación de los sentidos.

—Vamos, que esos viejos son románticos.

—No sé lo que son; pero escucha, y juzga. En 1875 tenía Javier treinta y dos años; era uno de esos hombres que por su aspecto físico y por sus condiciones de inteligencia y de carácter pueden hacerse dueños fácilmente del corazón de una mujer lista; buena figura, rostro simpático, entendimiento claro, genio alegre y esa educación propia de caballero discreto y tolerante, que nunca bastan a suplir aquellas otras cualidades. Grandes bienes de fortuna no tenía, ni otros medios de vida que una renta corta, heredada de sus padres, y su sueldo de cónsul: para vivir sólo, le sobraba; mas para casarse, crear familia y sostenerla con arreglo a sus gustos é inclinaciones, disponía de muchísimo menos de lo que consideraba necesario, dadas las exigencias de la vida moderna.

Cuando desempeñaba el Consulado de Singapur fué trasladado á Nápoles. Recién venido de Oriente, y antes de marchar á Italia, sus amigos los condes de Ayora le convidaron á pasar un mes en su finca de Los Naranjales, y aceptó. Con los condes estaba, convidada también, Rosario Guadiana, mujer de singular hermosura, compañera de colegio é íntima amiga de la condesa. Era Rosario hija única de aquel famoso D. Mateo Guadiana, que en tiempo de la primera guerra civil llegó á Madrid sin otro patrimonio que su ingenio, por obra del cual, á su muerte, poco antes de la Revolución del 68, era marqués, ex ministro, senador vitalicio y muy rico.

Rosario acababa de cumplir veinticinco años, tenía siete u ocho millones de pesetas y estaba en el apogeo de su belleza. Era una mujer del tipo de la emperatriz Eugenia: muy rubia, alta, esbelta, de grandes ojos azules, tez blanquísima, y modelo de distinción y elegancia en gustos, trajes y maneras. Lo único que en ella desagradaba era cierta sequedad y aspereza en la conversación, que la hacía poco simpática á los que no la conocían mucho; pero en que nunca incurrió con sus amigos verdaderos; sequedad y aspereza las cuales, como si las reservase sólo para pretendientes y galanteadores, jamás desplegaba en su trato con ancianos ni mujeres. La causa de tal desabrimiento que exageraba, aun sin darse cuenta, sobre todo con los que se enterquecían en requebrarla,

era el miedo que le daba su riqueza. Creyéndose con derecho á ser querida por sus partes físicas y sus prendas morales, segura de lo que merecían su cuerpo y su alma, sentía pavor ante la idea de verse deseada sólo por su fortuna; como hay otras agriadas por la fealdad, lo estaba ella por el dinero.

sinceridad del afecto que experimentaba, acobardado ante la idea de que su inclinación se interpretase como cálculo codicioso, calló; Rosario, habituada á recibir homenajes, sin buscarlos, y juzgando incompatible con su dignidad arriesgarse á pretenderlos, no hizo nada para que hablase; no quiso él que nadie, y me-

hablar, y si hubiesen hablado se habrían comprendido; más aquella ocasión, en que pudieron ser dichosos, ninguno supo aprovecharla; Rosario temió hasta ponerse en ridículo dejándose conquistar por un enamorado sin fortuna, que, aunque la quisiera de veras, y ella lo creyese, podía parecer á la gente más listo que apasionado, y al mismo tiempo, dándose cuenta de lo mucho que Javier le agradaba, como hombre, experimentó cierto orgullo malsano, sintiéndose capaz de dominarse, como insensatamente avergonzada de su posible flaqueza. A Javier le faltaron, perspicacia para desentrañar lo que sucedía en aquel alma de mujer, habilidad para aprovecharlo, y, sobre todo, vehemencia para expresarse. Torpezas semejantes hay á millares en la vida.

Pasaron muchos años. Era noche de fiesta en casa de los duques de Arlanza. La gente joven bailaba en el salón grande; en las estancias contiguas las personas mayores jugaban al tresillo ó charlaban amigablemente. En un gabinete apartado de aquel bullicio, donde casi no se percibían los sonidos del piano ni el murmullo de las conversaciones, sentado junto á una mesita preparada para jugar y entretenido pasando el rato en ver grabados de periódicos, estaba un caballero viejo, como quien espera á sus compañeros de partida que deben llegar pronto. Un pequeño biombo de cueros antiguos, puesto entre la mesita de juego y la chimenea para que el calor no molestara á quien se sentase cerca, ocultaba el cuerpo del anciano: la cabeza tampoco podía verse; porque la tenía inclinada sobre los periódicos; de modo que la habitación parecía desierta.

Lentamente entraron en ella dos señoras viejas, de sesenta y tantos años lo menos, rugosos los rostros, completamente canosas las cabezas y vestidas ambas con severa elegancia: una, de morado muy oscuro, y otra, de negro; la primera bajita, gruesa, sin rasgo ni línea en cara y tal que indicase haber sido hermosa; la segunda alta y, á pesar de su edad, no encorvada, sino erguida, esbelta, con claras señales en cara y cuerpo de haber sido soberanamente bella; los ojos, los dientes y lo que al través del encaje se veía de hombros y brazos, daban testimonio de ello.

Venían siguiendo una conversación sin duda comenzada hacía largo rato; como no vieron al señor viejo á quien ocultaba el biombo de cueros antiguos, creyeron que allí no había nadie, y sentándose en un gran sofá del ángulo, continuaron hablando. Decía la del traje morado: —De modo que ¿cuantos años hacía que faltabas de Madrid?

—Catorce; ahora ya no me moveré de aquí. Por estar con los tíos he pasado estos catorce años en París; muertos los pobres, y á mi edad, ningún atractivo tiene para mí aquello.

—Además, aquí podrás cuidar mejor tus intereses...; ir de vez en cuando á ver las fincas de Andalucía.

—No creas que han estado desatendidas; tengo apoderado inteligente y honradísimo. Figúrate... para una mujer sola y á una edad en que ni aun en trapos se puede gastar... ¡me sobra tanto!

—La verdad es que has sido una mujer muy rara. Tan hermosa, tan lista, tan buena... y no haber querido casarte nunca... con las proporciones que has tenido... ¡Tan buscada, tan codiciada!

—Pues por eso; por lo codiciada, ¡precisamente por eso!

—Sí; no te ofendas... nada de lo que yo te diga puede ofender te; pero esa desconfianza que has tenido siempre, te ha perjudicado.

—Como que me ha hecho desgraciada.

Lo creo; pero, vamos á ver, aparte esa desconfianza, ¿no has querido á nadie? ¿No has amado nunca?

La señora del traje negro miró fijamente á su amiga, dejó escapar del pecho un leve suspiro, sonrió dulcemente, y aprovechando complacida la ocasión de deshogar su pena en un momento de expansión y confianza, con quien era capaz de comprenderlas y callarlas, dijo:

—Sí, una vez; hace muchos años, cuando tenía yo veinticinco. La primavera del setenta y tantos me convidaron unos amigos, ya se han muerto también, á pasar una temporada con ellos en una finca magnífica. Convidado, como yo, estaba allí un pariente del marido de mi amiga, un hombre de pocos más años que yo, inteligentísimo, instruído, guapo... lo que se llama un hombre á carta cabal: lleno de atractivos. Era cónsul en no sé qué parte de Oriente y acababan de trasladarlo á Nápoles. Pasó en la finca un mes. ¡Y que mes me hizo pasar! ¡Que zo zobra! Desde los primeros días comprendí yo que le agradaba, y á mí él me gustó mucho: me trastornó por completo; llegué hasta á admitir la posibilidad de que quien le atrajese fuera yo, la mujer, no mi fortuna, y comprendí también que por miedo á que nadie, ni aun yo misma, le creyera desinteresado, nunca me diría nada...

—Para una situación así, muchos recursos tiene una mujer como tú.

—Pues no supe emplearlos ó no quise; no sé lo que pasó por mí; no sé si fué tontería, falta de habilidad; orgullo, exceso de amor propio...; pero, la verdad, ante la idea de ofrecerme, brindándole con lo que él debía solicitar, me inspiró terror la posibilidad de parecerle ligera, coqueta... y nada hice. Además, lo confieso, á pesar de lo que me gustaba, en el fondo de mi alma sentía bullir aquella maldita desconfianza que me acibaró la juventud; pareciéndome bueno, honrado, leal, completo caballero, siempre me atormentaba el recelo de que disimulase la codicia mejor que otros... de que no me amase por mí misma.



Javier y Rosario se sintieron mutuamente atraídos á poco de conocerse; el hombre se enamoró de aquella mujer hermosa, formal, inteligente, en la cual consideraba reunidos los encantos que pueden hacer dichosa la existencia; la mujer, á despecho de su constante preocupación, vió en aquel hombre el ser capaz de comprenderla y estimarla sólo por sí misma. Y, sin embargo, entre ambos se alzó una doble infranqueable muralla. Javier, temeroso de que no fuese apreciada la

nos Rosario, le creyera capaz de andar á caza de mujer rica; no consintió ella en que nadie, y menos Javier, la supusiese ni neciamente confiada en el poder de su hermosura, ni olvidadiza de su propio decoro. Así quedó en ambos la pasión amorosa primero contenida, y luego, como sofocada por algo que, debiendo importarle poco, en realidad, la contrarrestaba y vencía.

Sólo una vez, la víspera de partir él á tomar posesión del Consulado de Nápoles, estuvieron á punto de

—Y ¿no hablasteis nunca? ¿No tuvisteis un sólo minuto de confianza? ¡Caramba! ¡Cuando un hombre y una mujer se quieren..., uno u otro..., llega un instante..., lo dicen o reventan!

—O callan estúpidamente como nosotros llamamos.

Pero ¿no hubo siquiera una ocasión en que alguno de los dos se inclinara o se clarease lo bastante para entablar relaciones?, comenzar, abrir camino... Los hombres tienen mil modos, y nosotras igual, hija mía, igual; la cosa está en querer; no hablamos, pero hacemos hablar... hasta a los mudos.

—Todo eso es verdad; y, sin embargo, no me sirvió de nada. Por una parte me aterró la idea de que, si yo me equivocaba, se rieran de mí cuantos conociendo mi desconfianza me viesen caer incautamente en manos de un codicioso; por otro lado, aunque ahora comprendo mi error, te declaro que experimenté cierta vanidad, cierto placer inexplicable en dominar la inclinación que sentía, sobreponiéndome a ella.

—De modo que comprendiendo que os amábais, por lo menos que os gustábais mucho..., los dos mudos.

—¡Mudos los dos!

—Y os despedisteis con el secreto en el pecho. Y ¿cómo os separasteis?

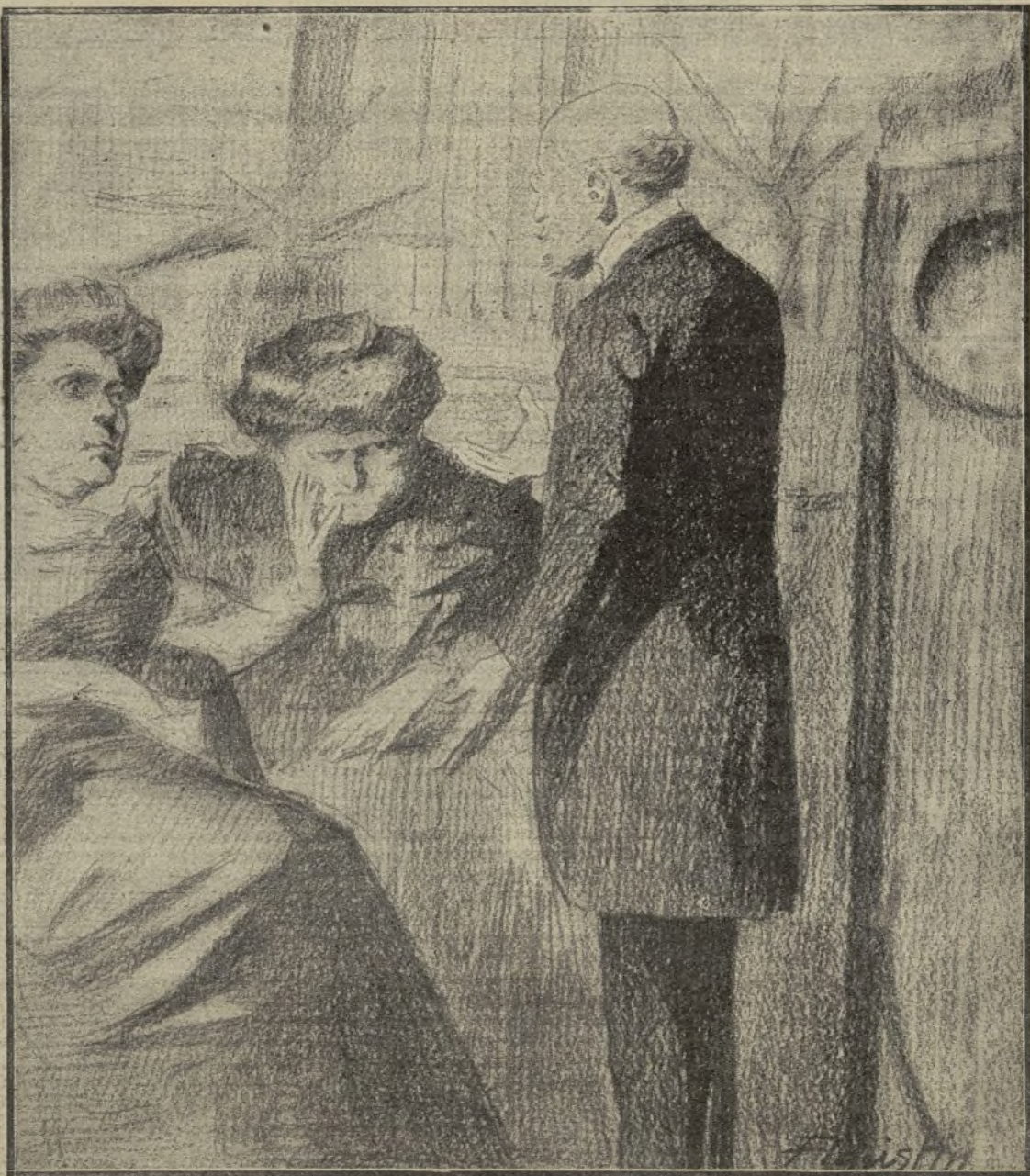
—La separación fué dramática: algo así como una escena admirablemente representada. La víspera de irse a tomar posesión del consulado de Nápoles, una tarde hermosísima, estábamos en el jardín después de comer, acabando de tomar café. No recuerdo cómo ni porqué nos quedamos solos. ¡Que rato aquel que envenenó toda mi vida! Me parece que estoy viendo el veladorcito de hierro junto a la fuente que tenía el borde del pilón de piedra todo, lleno de tiestos, salpicados por el agua del surtidor; enfrente de mí había un grupo de granados, cuya masa verde oscura estaba esmaltada por sus flores de rojo brillante y encendido; más allá un ciprés bajo, muy añoso, donde los niños de la casa habían dejado colgadas unas raquetas de jugar al volante... El olor a la tierra empapada del riego, los aromas mezclados de todos los plantales del parque..., a lo lejos el rasguear de la guitarra de un criado que canturreaba en el patio; el cielo trocándose por instantes de azul

con el velador por medio. Ambos comprendíamos que convenía aprovechar los minutos, ya que por ventura nos habían dejado solos... Si hubiese roto a hablar no me habría negado a escucharle: a lo que no me atreví fué a decir nada que le abriese camino de desahogarse. Me miraba, me miraba fijamente, esforzándose en adivinarme los pensamientos, y el grandísimo torpe no acertó con ellos. Le contuvo el miedo a una repulsa, el amor propio, el orgullo de su relativa pobreza...: esos fueron seguramente los que le trabaron la lengua. Y en mi alma se irguieron el temor al prójimo, el pudor mal entendido, el mismo amor propio tan estúpido como el suyo; pero el otro amor, el verdadero, el único, allí quedó doblemente sepultado en nuestros corazones por la cobardía suya y la altivez mía. Segura estoy de que le pasó lo que a mí. Murióndonos por hablar y los dos llamamos ilbéciles! Yo no le he podido olvidar jamás.

—Desengáñate, no os queríais bastante; no hay otra explicación.

—Pues, a pesar de eso, oye el final. De pronto volvió mi amiga, la dueña de la casa, y, en seguida, el marido. Claro está que habiéndonos faltado valor para hablar estando solos, con mayor motivo nos había de faltar después para buscarnos. Nos despedimos a la mañana siguiente, ante testigos, como si nada sintiéramos uno por otro... y no hemos vuelto a vernos. Cada uno ha envejecido por su lado: yo viviendo casi siempre en París; él en varios Consulados de las cinco partes del mundo; nunca nos hemos encontrado. ¡Ah! Si hubiéramos tenido otra ocasión como aquella, no la habríamos desperdiciado. No he vuelto a sentir nada semejante...; nada me ha impulsado hacia ningún otro hombre. Y a él sé que le ha sucedido algo análogo, porque hace pocos años una amiga mía que le trataba con intimidad, me contó que él mismo le había referido todo esto igual, igual que te lo cuento: nada ha tenido que ver con mujer alguna, no ha querido casarse, pudiendo hacerlo aun con mujeres más ricas que yo, y, ya viejo, pidió la jubilación... ¡Y se acabó mi historia!

—No he oído cosa más romántica. Pero, ¡qué par de bobos! Mentira parece que os amáseis. Tú hiciste mal y él peor; no, aquello no era amor, el amor es más valiente.



da y pasmada, dijo de este modo:

—Sí; aquello era amor: medroso, acobardado por la situación y la fortuna de quien lo inspiraba; más aún por la pequeñez de quien lo sentía; pero, tan hondo y sincero, que

mos deseado. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Rosario, en señal de aceptación, inclinó la cabeza, y con cierto pudor, lleno de dignidad y exento de ridículo, repuso:

—Sí, señor; aunque se rían de nosotros.

—Pobres de espíritu serán los que no nos comprendan — contestó el anciano.

—Cara me costó mi riqueza — dijo la dama.

—Y a mí mi amor propio.

—Verdad que sí — exclamó la del traje morado —. Son las dos cosas que más caras se pagan en la vida. Ellos se dieron las manos, poseídos de ternura infinita. Y así acordaron unirse, para esperar juntos la hora de la muerte los que no supieron aprovechar la hora del amor.



claro en intenso cobalto, y como precursor de la noche, que se venía encima, un violeta lo suave y tibio que parecía fresco comparado con el ardor sofocante del día... ¡De todo me acuerdol! Todo lo percibo y lo veo, ¡como si hubiese sido ayer!

—Ya se te conoce y bien claro lo expresas. Pero ¿qué sucedió?

—Lo peor: nada. Ya te he dicho que era la víspera de irse él a su nuevo destino. Estábamos sentados

iba la señora del traje morado a continuar sus comentarios cuando, tras el bombo de cueros antiguos, se alzó la figura simpática del caballero viejo, que había escuchado el diálogo desde su comienzo. Lentamente avanzó hasta donde ambas damas estaban; saludólas con una cortés reverencia, y, encarándose con la que acababa de hablar, mientras la que hizo el relato de su pasión frustrada le miraba sorprendi-

no necesitó ser recompensado ni correspondido para seguir viviendo. Por eso hoy, a la edad que tengo, ahora que ya nada puede interpretarse por doblez ni codicia, después de escuchar lo que he oído, ofrezco a Rosario mi mano y mi nombre—. Y añadió, mirándola—. Pasaremos unidos nuestros últimos años, y el vacío de lo que no podamos recordar, porque no llegó a ser, lo llenaremos con la duzina de lo que he-



JACINTO OCTAVIO PICÓN

CUENTA DEL EXTRANJERO

LOS APUROS de un CONFESOR

Sor Filomena, rozando suavemente con sus labios la reja del confesonario, empezó llena de humildad:

—Padre, no estoy cierta de haber pecado. A ratos, la conciencia me acusa, otras veces me absuelve. Y, sin embargo, cuando me absuelve sufro y padezco mucho más que cuando me acusa.

El confesor no entendió una palabra de todo aquello.

—Explícate más claramente, hija mía. Procura recordarlo todo. ¡Eres tan joven!... A los dieciocho años la conciencia no estrecha mucho. Déjate guiar por mí. El señor me inspirará. Estoy inquieto... Habla, habla...

—La verdad es esta, padre: el lunes hacia la media noche, el número siete de la quinta sala, donde he sustituido a sor María desahogada, llegué al hospital, recibí los auxilios de la religión. El médico de guardia declaró que no quedaban esperanzas. Me dijo que la agonía sería muy corta, que la muerte del enfermo sobrevendría antes del amanecer. Y se fué a dormir. Yo no tenía que hacer más que administrarle cada media hora una cucharadita de cierta poción ya preparada. Me senté, como de costumbre, al lado de la cama, y me puse a rezar por su alma.

—¿Por el alma de quien?

—Del pobre joven que agonizaba.

—¿Era un hombre?

—¿No lo he dicho, padre?

—Me has dicho: el número siete, hija mía, y el número siete no tiene sexo. Bien. Continuemos.

—Eran las tres de la madrugada, cuando, con voz débil, entrecortada por el estertor, balbuceó:

—¡Sor Filomena, me muero!



Desde las doce no había hablado palabra, medio adormecido.
—Valor, hermano, valor!—le dijo.

Entonces, procurando pronunciar distintamente cada palabra, lentamente, muy lentamente, me preguntó:

—¿Quiere usted hacerme un favor, sor Filomena?

—Lo que usted quiera, hermano.

—¿Quiere usted que muera tranquilo? ¿Quiere usted que salga de esta vida bendiciendo al Creador?

—Así debe morir todo buen cristiano—le repuse.

—¡Muy bien!—dijo el sacerdote. El moribundo, con voz dulce, agregó:

—Ayúdeme a morir como buen cristiano.

—¿En qué forma, hermano?

—¡Haga usted que atraviese sin rencor el umbral de esta vida que voy a abandonar! ¡Haga usted que lleve a la otra vida un recuerdo agradable! Sor Filomena, tenga compasión de un hombre que va a morir. Deme usted... un beso.

—¡Un beso! Yo repetía sin descanso, —Va' or, hermano, va' or. Prepárese a recibir el beso de Dios.

—Muy bien—repitió el confesor. Reuniendo todas sus fuerzas, el enfermo insisto:

—¡Concédame ese favor! ¡No comprende usted, sor Filomena, que esa es mi salvación! ¿Quiere usted que le remuerda la conciencia eternamente? ¿Quiere usted perderme? ¿Ser la causa de mi condenación?...

—¿Y tú?... ¿Y tú?—interrogó el sacerdote.

—Padre, me aterrizaron de tal manera sus palabras... Pensé que si moría sin un recuerdo agradable, corría el peligro de condenarse por toda una eternidad. Pensé que los remordimientos me alcanzarían a mí también. Pensé que la muerte sobrevendría antes del amanecer, y que cada minuto que pasaba era un paso dado por él hacia el infierno. En aquel silencio imponente, oía su respiración cada vez más dificultosa. En la sala no había más que enfermos que dormían inmóviles. Las lámparas iluminaban débilmente; los techos blancos, en la penumbra, semejaban fosas sepulcrales. El en-

fermo me esperaba. Me sentí oprimido por una gran melancolía. Miré en torno de nosotros. Luego, inclinándome un poco..., le di un beso. Me pareció oír, en un suspiro: «Gracias.» Y tranquilamente, volví a rezar por su alma.

*

—¿Y dónde le diste el beso?—interrogó el sacerdote con ansiedad mal disimulada por la dulzura de su acento, su angustia y la incertidumbre de su juicio.

—Padre, la sala estaba oscura—contestó serenamente sor Filomena—, pero creo que le besé en la boca.

—Una imprudencia. ¡Por lo menos una imprudencia! Comprendo que lo has hecho con una santa intención. Tú, hija mía, has obedecido a un sentimiento de piedad cristiana, sublime si se quiere, pero equivocado, casi peligroso. Un beso en la frente hubiera sido preferible, y hubiera bastado para salvar su alma. Además has besado a un hombre casi muerto...

—Eso pienso yo.

—Y ahora, que está muerto y sepultado, requiescat in pace, y no pensemos más en ello.

—Pero... padre, si no es así, si vive todavía.

—¡Vive!

—Seguramente. El infeliz ha estado agonizando hasta la madrugada. Los primeros rayos de sol le han reanimado. El médico de guardia, al entrar en la sala, no pudo ocultar su sorpresa al enfermo, que sonrió. Le visitó detenidamente, y luego me dijo en voz baja: «Es raro, quizá pueda salvarse.»

—¡Que desgracia!—exclamó el confesor sin poderse contener.

—¿Qué dice usted, padre?

—¡Ah!, no hay que hacerse ilusiones. Si has besado en la boca a un hombre que está vivo, y que vivirá probablemente, no sé de qué modo podemos arreglar eso. Con la muerte en puertas, sería otra cosa. Todo se habría arreglado ante el Señor. Pero así, todo ha concluido.

¿En qué apuros pones a la bondad divina!

Y después de un momento de reflexión, el confesor preguntó:

—¿Y cómo está hoy el enfermo?

—Está mejor.

—Mejor. ¡Estás perdida irremisiblemente!

—¡Dios mío!

—¿Te atreves a pronunciar su santo nombre?

—¿Soy una gran pecadora, padre?

—Eres indigna de llevar esos hábitos.

Sor Filomena comenzó a llorar; el confesor, entonces, le dijo dulcemente:

—No espere, por lo menos, que te dé la absolución. Aguardemos algún tiempo. ¡Quien sabe! Veremos qué cariz toma la enfermedad de ese joven, y según lo que ocurra, así obraremos. Vete, vete. Basta por hoy. Y cuando te aproximes al lecho procura sonrojarte. ¿Has entendido?

—Siempre me avergüenzo, padre.

—Bueno, bueno...

*

Algunos días después, sor Filomena volvía al confesonario.

—¿Cómo está el número siete?

—Me parece que está mucho mejor.

—¿Y qué dice el médico?

—El médico cree... que sanará.

—¿Que sanará! ¡No hay, pues, salvación para él!

—Eso le he dicho yo.

—¿Qué es lo que le has dicho?

—Le he dicho que mi salvación estaba comprometida por su causa, y que si hubiese sabido que se curaría no le hubiese dado el beso.

—¿Y qué te ha contestado ese píjaro, fuerte como un roble?



—Me ha dicho que no quiere que me condene, y que hará cuanto pueda por salvar mi alma.

—Te hubiera salvado muriéndose, ¿a qué vienen esas tonterías?

—Precisamente, padre, me ha jurado que el día que le digan que está completamente curado, se matará para salvarme.

El confesor quedó abrumado por esta nueva complicación; luego de reflexionar, dijo:

—Bien pensado, vale más que te absuelva. Porque si ese joven se encuentra otra vez en la agonía, temo que volvamos a empezar nuevamente.

Roberto BRACCO.



Me acuerdo de ti más vese que hojita tiene un mansano; que peras tiene un perá y arveyana un arveyano.

DOMINGO.—(Apareciendo en la esquina del foro izquierda.) ¡Tendría que ve que no estuviera la niña! DOLORES.—Señ; ¿y por qué no ha de venir ese hombre? Miste que tié malangel DOMINGO.—(Asomándose á la puerta izquierda del estanco, con disimulo.) ¡Eyal... A ve qué maña te da, Domingo. (Entra en el estanco sin decir una palabra y se sienta en el cajón de tabaco, dando un pequeño respingo, como si tropezase con algún clavo.)

DOLORES.—(Al sentir los pasos, vuelve la cara.) ¡E!... (Al ver que se sienta, coge ella el sillón y se sienta también tras el mostrador.) Ya resoyará. (Pequeña pausa.)

DOMINGO.—(Rompiendo el silencio.) ¿Y diga usted?

DOLORES.—Y digo yo.

DOMINGO.—(Mirando el cajón.) ¿No habrá aquí un mardesio clavito que me haga una gracia en los pantalones?

DOLORES.—¡Cuajaito está er cajón!... Bueno; ¿y usted q e quiere?

DOMINGO.—Haserme estanquero.

DOLORES.—Pero; ¿a que ha venido usted?

DOMINGO.—N; que pasaba casualmente por la esquina, estaba una mijiya cansao y digo, dij: «¿Dónde va uno á descansá má á gusto que con los amigos?... Vamo en ca Doloresita, que é güena, que é simpática, que te tié ley...»

DOLORES.—Yo á usted no le tengo ná.

DOMINGO.—«...Que te tié ley y te dará conversación y un vasito de agua.»

DOLORES.—Y te dará con la puerta en las narices.

DOMINGO.—Usted no é capá de hasé eso conmigo, ¿verdá? (Pausa.) Me parece que me estoy equivocando en lo de que me iba usted á da conversación.

DOLORES.—Cabalito.

DOMINGO.—¿Y en lo del agua?

DOLORES.—Le diré á usted; en lo del agua... también está usted equivocado.

DOMINGO.—Pase mentira que con esa cara tan represiosa, tenga usted tan malos sentimientos. ¡A usted se le ha olvidado la doctrina. Usted no se acuerda ya de aqueyo de «Da de bebé ar sediento y posa y santifica las fiestas», que por argo me yamo yo Domingo.

DOLORES.—No, señó; no se me ha olvidado. Ya usted ve que sé «Sufrir con paciencia las flaqueas del prójimo».

DOMINGO.—¡Je! ¡Je!... ¡Tié la sar der mundo!... Yo tendré flaquea, está usted; pero algunas cosa que yo veo desde aquí—y que sufriría con paciencia—no son flaqueas. Pa mí que su padre, ante de sé estancero, fué carpintero é fino; porque está usted hecha á torno y con lija. (Levantándose y acercándose al mostrador.)

DOLORES.—Y er de usted ¿qué era? ¿Picapedrero?

DOMINGO.—¡Niñal!

DOLORES.—Sí; porque la cara está hecha á martillazo y en la «narí» de da unos poco y hai se le fué la mano.

DOMINGO.—No me saque usted los colores á la cara, Doloresita é mi vía; que er sé feo no es ningún delito.

DOLORES.—¡Dele usted gracia á Dio, porque tendría usted cadena perpetua.

DOMINGO.—Y usted condenará á muerte, si lo fuera er sé bonita.

DOLORES.—¡Míá también Domingo!

DOMINGO.—¡Qué hay con Domingo!... ¿Acaso no tié Domingo ojo en la cara?

DOLORES.—Así, ar pronto, parece que no; fiján dose despasio, se ve que sí; mu chiquirritiyo, pero ar fin lo tiene.

DOMINGO.—¿Quié usted hasé er favó de fijarse bien y ponerme de una ve to los deferto?

DOLORES.—Yo no tengo que poné deferto á nadie. (Se levanta, acercándose un poco.) ¿Esos dientes son de usted?

DOMINGO.—Sí, señora; y de usted.

DOLORES.—Gracia; no juego ar dominó. (Vuelve a sentarse.)

DOMINGO.—¡Mardita sea mi estampal!

DOLORES.—¡No le eche usted mardisione á su estampal, que bastante tié la pobre con sé como el

Escena XIX

DICHOS Y BURLAERO

BURLAERO.—(Entrando por la puerta del foro.) Güen: s tarde, Doloresita y la compaña.

DOLORES.—¡Jost! Venga usted con Dio.

DOMINGO.—(Mar rayo te parta!) Güenas tarde. (Separándose del mostrador.)

BURLAERO.—(Aludiendo á Domingo.) ¿Er señó e de la familia?

DOLORES.—Er señó se va en seguida.

DOMINGO.—Pero en seguida; salú. (Vase por la puerta izquierda, y después de quedar parado un momento en medio de la calle se oculta junto á la puerta del foro.)

BURLAERO.—(Queriendo estar muy suelto y dicharachero; acercándose al mostrador.) Si sé que e usted la que estaba en er mostrador, me traigo la sombrilla e mi hermana. ¡Por mí salú que sí!

DOLORES.—Y si yo sé que era usted er que iba á entrá po esa puerta, no soy yo la que está ar cuidao der estanco ¡Por mí salú también!

BURLAERO.—¿Qué artivel! (Está mu ofendida.)

DOLORES.—Y diga usted prontito á lo que viene, que no tengo gana de gastá conversación.

BURLAERO.—(Entregándole un paquete que saca del bolsillo.) Deslie usted eso.

DOLORES.—(Desliza el papel sobre el mostrador.) ¡Qué ascol! (Lo deja con repugnancia.)

SALVADOR.—Como diquéla, tampoco diqué o yo gran cosa.

GITANO.—Po lo espartaré yo. (Coge el cajón y poco á poco se va hacia la puerta por donde entró.) ¡Qué poca lu hay aquí!

«Yo no sé por qué

jasta los santito de los artare güerven la fila cuando me ven.»

SALVADOR.—(Po temó á que te yeve, hasta las caña de ensendé las luse!) GITANO.—¡Pero que poca lu!

SALVADOR.—(En el colmo de la escama.) (Me

esto muy rápido. En la calle ya.) ¡Párate, granuja (Tuerce el foro izquierda á todo correr, detrás del gitano.)

Escena XV

ANA, DOLORES y luego JOSÉ

Ana y Dolores, precipitadamente, por la derecha

ANA.—¡Sarvadó!... Sarvadó, ¿que ha pasao?

DOLORES.—Mamá. ¿que le pasa á Sarvadó?

ANA.—No lo sé, hija del arma.



ESCENA XIV.—SALVADOR (SR. MONCAYO) Y UN GITANO (SR. MESEJO).
Fotografía Alfonso

están haciendo farta los ojos de Ana!... ¡Aquí va á habé que da er sartio er tigre!... ¡Digo, y que se va pa fueral! Pa no diquéla, es tardá mucho tiempo en escogeé!

GITANO.— «Vente conmigo á mi casa...»

SALVADOR.—(Pa ayá vi á tené que dí. Ana se está tardando.) (Mirando hacia la trastienda. El gitano aprovecha el momento para salir de estampal con la caja de los puros por el foro izquierda.) ¡Me parece que siento ya los pasos de la reina!... (Al volver la cara y ver que no está allí el gitano, sale del mostrador y echa á correr gritando.) ¡Ay, mardita sea mi estampal! ¡Ana! ¡Dolores! ¡Hasta la güertal! (Todo

DOLORES.—(En la puerta de la izquierda.) En la caye no hay nadie. (Viendo venir á José por el foro izquierda con una botella en la mano.) Oiga usted, José; ¿ha visto usted á Sarvadó?

JOSÉ.—(Entrando en la tienda.) Como verlo, si que lo he visto, pero yo no sé na. Yo estaba en ca Usebio comprando aguardiente pa mi señora, y vi pasá á Sarvadó á to corré y echando por aqueya boca... ¡Lo menos que desía era ladrón, y esc adornao!

ANA. (Sin comprender.) ¿Qué díse? (A Dolores) DOLORES.—Er no sabe na; estaba en ca Usebio comprando aguardiente pa la señora y vió pasá á

Salvadó... *(Se para de pronto y empieza á mirar las estanterías, haciendo requisa.)*

José.—*(Al mismo tiempo que Dolores.)* Yo estaba en ca Usebio comprando aguardiente pa mi señora y vi pasá á Salvadó á to corré y echando por aqueya boca... llo meno que desía era ladró, y eso adornó!

ANA.—¡Ay, vaya por Dió, qué habrú sío eso!

DOLORES.—¡Ay, madresita mía de los Reye, qué habrú pasao!

José.—No se apure usté, que no habrú sío na.

ANA.—¿Entonse, por qué corría?

DOLORES.—¿Entonse, por qué desía ladrón?

ANA.—¡Yo no estoy tranquila! *(A Dolores.)* Quéate ar cuidao, que yo me ví á asomá.

DOLORES.—*(Terminando su requisa.)* Diesinueve y veinte; ipo de á siete reale tampoco ha sío!

José.—*(Que observa en la puerta izquierda.)* No hay que salí, que ya viene pa acá

Escena XVI.

DICHOS Y SALVADOR

Aparece foro izquierda Salvador, jadeante y fatigado, con la caja que se llevó el gitano y entra en el estanco.

ANA.—¿Qué ha sío eso, Salvadó?

José.—¿Qué ha pasao?

DOLORES.—Harto no viene. *(Rodeándole todos.)*

ANA.—Cuenta usté, Salvadó.

José.—¡No corría usté na!

DOLORES.—*(Por la caja.)* ¿Qué trae usté har?

SALVADOR.—Er cuerpo del delito y er cuerpo de los troso.

DOLORES.—¿A vér... *(Mirando el cajoncillo.)* Puro é quise.

ANA.—Pero, ¿qué ha pasao aquí?

SALVADOR.—Una hecatombe.

José.—Pero ¿qué u té acabá de reventá?

SALVADOR.—Poco me faría.

DOLORES.—Cuenta usté hombre, cuenta usté.

SALVADOR.—Pos na: un gitano que quería escogé los puro á domisilio y apretó á jui con la caja, que perdía los capato por esa caye; yo di er sarto er ti gre y lo arcané ar finá de la caye Tintore; lo cogí por er gañote y aquí está.

José.—¿Er gañote?

SALVADOR.—Los puro.

ANA.—¡Jesú, Jesús! *(Dolores deja el cajón sobre el mostrador.)*

SALVADOR.—Dolorsita ¿farta algún puro?

José.—¡Qué való de hombre!... ¡Ea, po visto que no ha pasao na, me voy, que estará mi señora echando chispas!

DOLORES.—¡Po ojo, no se vaya á inflamá er aguardiente!

José.—¡Oja á!... Quearse con Dió!... *(Sale puerta izquierda y hace mutis por el mismo lado del foro.)*

Escena XVII.

DICHOS menos JOSÉ

SALVADOR.—¿Farta alguno?

DOLORES.—Farta, ninguno; dos ó tre hay mu estropeao.

ANA.—Esos los arreglo yo. Tóos los daba de buen aquí, con tar de que Salvadó no se hubiera tomao esa sofoquina.

SALVADOR.—¡Grasia, reina der sío! ¡Sirena der Guadarquivil!

DOLORES.—Me voy. *(Hace medio mutis quedando tras el mostrador.)*

SALVADOR.—¡Mia tú también está!... No, hija; er que se va soy yo, que tengo sítao á dos inglese, que se quíen yevá una montera y una sapativa; la montera, der Tato; la sapativa, de don Arfonso er Sabio. Dame er sombrero, Dolorsita. *(Dolores le entrega el sombrero que está bajo el mostrador.)*

ANA.—¡Llo que me gusta de Salvadó, é la ilustra s ón que tiene!

SALVADOR.—Lo da er ofisio.

ANA.—Aguárdese usté, Salvadó; que tengo que di por fósforo y sardremos junto. *(Entra en la tras tienda.)*

SALVADOR.—¡Nunca se ha visto má honrrao Salvadó Peral!

DOLORES.—*(Esto va por la posta.)* *(Sale Ana, si delante y con mantón de crespón negro, en forma de chal.)* ¡Mamá, vas guapa der tó!... pa mí que hoy te trae argo detrás.

SALVADOR.—Lo descoyunto.

ANA.—Pobresito; porque el que va á vení detrás va se er chiquillo que traiga lo fóforo. *(A Dolores.)* En er cajón está la libreta con er dinero dentro; dame la.

DOLORES.—Vaya. *(Se la entrega.)*

SALVADOR.—Dolorsita, mira qué pareja.

ANA.—¡Salvadó!

SALVADOR.—Como nos encuentre un cura en la caye, gorem caso.

ANA.—Y tú ar cuidao, niña.

DOLORES.—A mí no me la pega ningún gitano.

SALVADOR.—¡U té no vel... ¡No estas tú mala gitana! *(Salvador levanta la cortina de la puerta izquierda para que pase Ana, quitándose el sombrero y cubriéndola con él un momento.)* ¡Bajo palio!

ANA.—*(Pasando.)* Salvadó, formalidá.

SALVADOR.—*(Ya en la calle.)* Si yego á sabé que iba usté á salí conmigo, á estas horas están cargás las caye der tránsito. *(Tuercen la esquina y desaparecen por el foro de la caye.)*

Escena XVIII

DOLORES y luego DOMINGO

DOLORES.—José y cómo van eso!... La verdá é que no hacen mala pareja. Tampoco la haríamo mu

maia Domingo Carretero y yo. ¡Atrastao Domingo, que me estoy acordando de é má de lo natural!... Ahora sí que estaría bien que se dejara caé por aquí, pero no caerá esa breva. *(Sale del mostrador y mira por las dos puertas.)* No saben los hombre cuando

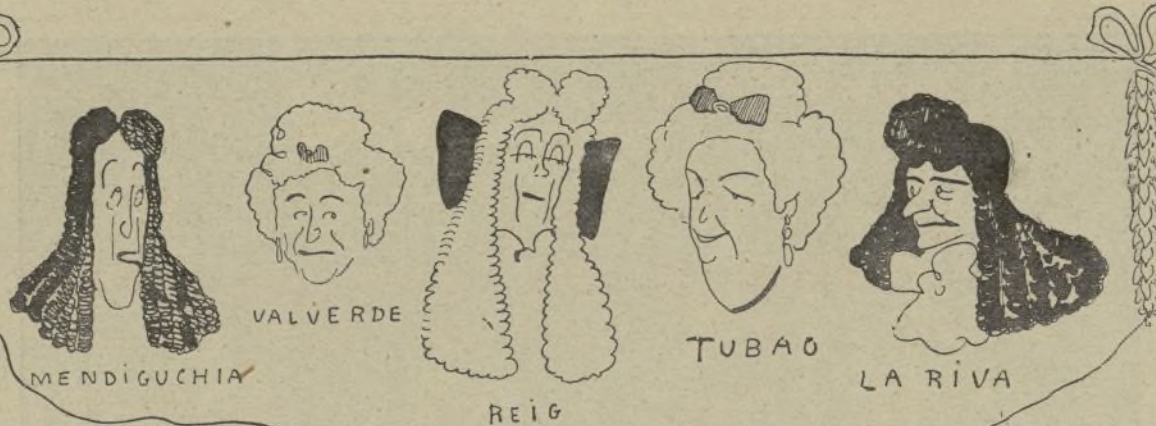
son oportuno. *(Vuelve tras el mostrador.)* Güeno, á lo mío. ¡Qué mala maña se dan los hombre pa sierta cosa!... Un rato na mí ha estao Salvadó aquí y ha puestó esto que pasee el estanco de Tócame Roque. *(Canta mientras pone cada cosa en su sitio.)*



ESCENA XVII.—ANA (Sra. PINO) Y SALVADOR (Sr. MONCAYO)

(Fotografía de Alonso.)

VISTO Y LEÍDO



POR LOS LIBROS

Cuba está en un momento interesante y decisivo para su porvenir.

Acaban de quitarle andadores de siglos y se lanza en busca de la historia con sus piernas, buscando el horizonte con sus ojos, sintiéndose latir libremente el corazón y en libertad ungidas sus palabras. Sabe también que las cosechas futuras, como las probables defensas del hogar, ya no estarán encomendadas sino a sus manos mismas.

Todo esto, ya un poquito le años los días tartarinescos de acorazados, maniguas y alegorías patrióticas en los semanarios ilustrados, y pasados también los chinchines patrióticos de las Cámaras, las Redacciones y los cafés, resulta altamente simpático.

Siempre el orto es más admirable que el ocaso.

Y ahora, en Cuba, todo tiene una grácil sonrisa de amanecer: la política, el Ejército, la Policía, la sociedad, la diplomacia... ¡oh, estupendo Hernández Catá, que, escapado de una novela de Eça de Queiroz, comolecías en el café de Levante, fuiste a la Habana y ahora marchas al Havre, con el sonoro título de cónsul general, y acaso, acaso con tus rictos sobre la frente!... y la literatura.

Porque a pesar de que Cuba tiene una literatura sólida, firme, muy suya y muy del siglo al mismo tiempo, ahora es cuando más claramente podía manifestarse.

Hasta que se ha instalado la verdadera República, los escritores cubanos padecían de obsesión política. Las inteligencias se desangraban gota a gota en el periodismo y en los mítines propagandistas. No aparecían sino muy contados libros, que nadie leía; los poetas, como Pichardo, eran forzosamente civiles, y rara vez asomaba en las neoyorquinas planas de *La Discusión*, de *El Diario de la Marina*, de *El Mundo*, versos ó cuentos, ó simplemente crónicas de las calificadas pintorescamente en la *Preceptiva Literaria* como de "vaga y amena literatura".

Y, sin embargo, existía esa literatura.

Mario Muñoz Bustamante, Luis Rodríguez Embil, Juan D'Sola, Manuel S. Pichardo, Diwaldo Salom, los hermanos Carbonell, Lozano Casado, Agustín Acosta, Fernando de Zayas, los hermanos Uhrbach, Márquez Sterling, y bastantes que así, a simple consulta de memoria no recuerdo, caldeaban la limpia prosa castellana bajo el sol tropical, y la daban un ritmo suave y felino, como los danzones criollos.

Pero de los más seguros de sí mismos y con más valiosa fuerza propia, es Jesús Castellanos, autor de *La conjura*, una íntima novela que acaba de publicarse aquí, en Madrid.

Las dos obras anteriores de Jesús Castellanos, no fueron sino anticipaciones aisladas de esta otra, ya completa, de conjunto. Política una: *Cabezas de estudio*, excesivamente li-

teraria, y colorista la otra: *De tierra adentro*.

En cambio, *La conjura* es de una seguridad, de una imposibilidad tan flaubertina que no puede menos de excitar alabanzas.

La conjura, aun reflejando el ambiente habacero, podía haber nacido bajo otro cielo y sobre otra tierra cualesquiera. Es el panigsta odio colectivo, la hipócrita hostilidad social, el desquite canalla de las almas de redil frente al espíritu libre y fuerte, que se ahoga en los carriles y en las pautas trazadas por los demás.

Augusto Román, el protagonista de *La conjura*, es exótico en su patria, en su casa, en su familia, en sus amistades. Tiene para toda propensión bajuna, para todo ruido de cadenas, para toda abdicación de la dignidad, un gesto de altivo desdén. El se ha fabricado su vida y quiere que le dejen fabricar sus sueños. Pero esto no lo perdona nunca la sociedad, e a monstruosa cabeza de acéfalos, y Augusto Román es vendido.

Vulgar, muy de á ras de tierra la historia, pero llena de amargura, de dolorido desengaño, de una rabiosa contracción del cerebro para que el estómago se hinche.

Y demás, la prosa de Castellanos, una prosa maciza y sobria, de maestro, ha vestido la novela en un ropaje que, teniendo la vieja sobriedad castellana, se ilumina, á veces, con pomposas rosas de modernidad.

*

A todos los escaparates de las librerías se asoma actualmente un librito menudo y pulcro que recuerda los *Gowans's Art Books*, donde van desfilando las obras maestras de los pintores de todas las épocas.



CAPRICHOS DE GOYA

Hasta ahora—excepto la tentativa de Utrillo con el *Greco* y Ribera—esta labor de vulgarización artística no había encajado en España.

Fernando Fé acomete la empresa, empezando una serie de *Los grandes maestros de la Pintura en España*, por D. Francisco de Goya y Lucientes.

Y de éste, lo más característico, lo más representativo de su temperamento: los *Caprichos*.

Goya, por su hincamiento profundo en la psicología española, es siempre actual. Toda la convulsión-sátira a la lujuria, al clericalismo, al pedantismo, encubiertos de armijos y púrpura, como mal tapados con harapos. no es sólo de 1908,

es de antes de esa fecha, lo es de hoy, de mañana ha de serlo.

Tal vez entre los muchos desaciertos que se cometieron cuando el Centenario de la Independencia, figure el de no haber dado á luz—y económicamente, porque el pueblo y el arte siempre andan escasos de dinero—la obra de nuestro primer artista.

POR LOS TEATROS

Además del sanchopanzismo con orinienta armadura de Don Quijote, hay algo inmortal: el folletín.

Recurso de editores hebdomadarios, leña para el hogar artesano é ingenuo, llave de ensueño en puertas cocheras, tabernas, barberías, durante las lentas tardes dominicales... y, finalmente, abismo donde el Sr. Palencia acaba de hundirse.

Porque *La regencia* es un novelón de aquellos que, entrega á entrega, iba quitando el sueño y la color á nuestras respetables abuelas.

Pero, eso sí, honrado y bonachón, como el pescador del cuento: *El que quiera que pique...*

El que quiera que se emocione, y el que no, que se duerma; en la seguridad de que no serán los primeros ronquidos que se oigan en el teatro Español.

La regencia tiene todas las de la ley. Allí, los averiados salones del Palacio Real—*Palais Royal*, les obligan á decir los autores á los actores—; allí, conspiraciones, galanteos, arranques caballerescos, traidores, la Bastilla, envenenamientos, "vuestra espada, señor Tal", "Os amo, hermosa dama", "Estamos perdidos; huyamos reventando caballos", etc.

Toda mi infancia—¡ay! ya un poquito más lejana que la del señor *Fantasio*, aunque él, desde su altura del *Diario Universal* se imagine lo contrario—se envolvió el otro día en el manto maravilloso del padre Dumas.

Luego, ya en la calle, meditando acerca de la histórica frase con que el Sr. Reig epiloga la obra—*Después de nosotros... ¡el diluvio!*—, se sufre una gran melancolía por esta nueva equivocación del Sr. Palencia.

Buenas intenciones no le han faltado al Sr. Palencia. Buenas obras, tampoco. Ha sido de algo más positivo la falta, y ésta, cuando se padece la monomanía histórica y afrancesada del autor de *La charra*, es bien triste.

El Sr. Palencia ha tenido autores y obras. Autores y obras que, a ser tratadas con más consideración, hubieran concluido por llevar gente al teatro.

Gerineldo, por ejemplo, era una loable tentativa del verdadero teatro poético. *El caballero Lobo*, otra tentativa del teatro animal, bastante estimable, y, por último, *El talón de Aquiles*, lo más interesante, quizás, y lo de más honrado procedimiento que ha estrenado la compañía Palencia.

Y, sin embargo, el Sr. Palencia, siempre á mal con sus intereses, sin atreverse al vado ni á la puente—de lo cual hay bastantes pruebas en *La nube*—aprovechaba el momentáneo caldeamiento de estos estrenos para armar el aseca á la sardina de su repertorio.

Ahora que se avecina la Cuaresma y su corte de amor de las meditaciones—esos flatos espirituales—, medite el Sr. Palencia, medite acerca del manoseado *conócete á tí mismo*, y verá que en él hay un excelente, un insustituible director de escena...

siempre que no confeccione los carteles, ni se acuerde que también en sus mocedades escribió alguna obra, muy interesante entonces, para el teatro.

POR LOS PERIODICOS

Hay cosas tan deliciosamente perdurables, como don Nicanor tocando el tambor y el *Album Hispano Americano* del señor Gimeno de Flaquer. La monomanía modernista y antimodernista, pongo por tontería.

Yo creía de muy buena fe que ya nadie se asustaba del coco modernismo, y de mejor buena fe aún creía que ese coco había muerto para no resucitar más que en alguna revista de Chile ó en las prosas más ó menos laudes del señor Vargas Vía.

Por eso el otro día, leyendo por casualidad al *Bachiller Canta-Claro*, me enteré que no sólo el modernismo existe, sino que yo soy uno de sus sacerdotes.

Veán ustedes lo que asegura el *Bachiller Canta-Claro*:

"Después, en estos dos últimos

tores, y en *El Liberal* más cabezas de poetas, y por algo Cristóbal de Castro acaba de publicar un *Cancionero*, del cual pienso decir en esta misma sección algunos comentarios con esa misma prosa extravagante, rara, rebuscada y amanerada que el *Bachiller Canta-Claro* me atribuye.

Ah! Y que tampoco tiene nada que ver con la prosa del Sr. Martínez Sierra, y supongo que ni con la del Sr. Ramírez Angel, dicho sea con todo respeto á ambos escritores.

José FRANCÉS

Dibujos de Robledano



años, lo que la gente llama "modernismo", esto es, extravagancia, rareza, rebuscamiento y amaneramiento, parecía estar arrinconado en los libros del Sr. Martínez Sierra y en los artículos del Sr. Francés y del Sr. Ramírez Angel.

Bueno. Los señores Martínez Sierra y Ramírez Angel opinarán lo que quieran de esta afirmación del *Bachiller Canta-Claro*; pero yo no puedo menos de manifestar mi estupefacción.

No porque me crean modernista—que esto tan claro lo estoy demostrando que no es así—, sino porque en el año de gracia de 1909, exista, además de D. Pablo Parellada, un escritor que crea en el modernismo y en sus rarezas, extravagancias y amaneramientos.

Todo eso pasó, señor *Bachiller*, hace más de dos años, y ya todos—yo con toda mi alma—procuramos ser sencillos, concisos y cristalinos...

Sin embargo, no me extraña esta ignorancia del señor *Bachiller*. Siempre que se trate de hablar de estética consulte á su grande amigo Cristóbal de Castro, y verá como no comete tamañas equivocaciones.

Cristóbal de Castro es lo suficiente moderno, lo más poeta posible para no opinar lo mismo que el *Bachiller Canta-Claro*.

Por algo fué él quien hizo desfilar en *España Nueva* cabezas de poetas, y en el *Heraldo* á los nuevos escri-

Nuevo académico de la Española.



D. José Alemany y Bolafet.

Catedrático de la Universidad Central.—Se verificó su recepción en la Academia Española, el domingo último.

LA SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Merced, principalmente, á las gestiones incansables del popular escritor D. Sinesio Delgado, los autores españoles pudieron verse libres de la esclavitud editorial.

Apremios del espacio impiden reseñar con detalles la historia curiosa en que, tras muy accidentadas peripecias, quedó al fin resuelto el que las obras no tuvieran otra administración que la de sus propios autores, suprimida al fin la tutela enojosa de intermediarios.

Multitud de «intereses creados», en los que no fueron «moco de pavo» las deudas de casi todos los autores, los millares de obras vendidas y los contratos de cesión de derechos, oponían dificultades á la realización de este plan.

Pero todo logró vencerlo la aragonesa terquedad del fundador de *Madrid Cómic*, ayudado eficazmente por Vital Aza, Ramos Carrión, Chapí, Francos Rodríguez, Torregrosa, Arniches, Valverde, López Oliva, Sellés y Eusebio Sierra.

Estos *pobrecitos* constituyeron la primitiva Sociedad de Autores, instalando su domicilio en la calle del Florín.

Las conferencias entre Fiscowich y algunos autores fueron de lo más interesante que puede haber en materia de negociaciones diplomáticas.

Cuando firmadas las paces desaparecieron las casas editoriales, la Sociedad de Autores hizo su instalación en el núm. 12 del Salón del Prado.

Su vida de prosperidades hizo posible la traslación de las oficinas á la calle de Núñez de Balboa, hace unos seis años.

El palacio que hoy ocupa la Sociedad de Autores españoles era propiedad de la marquesa de Alonso de León, viuda de D. Cristino Martos, y se vendió á los autores en 325.000 pesetas, incluyendo los muebles.

Los compradores no tenían ese dinero, pero vean ustedes cómo pudo realizarse una *combina* que todo lo arregló.

La tal *combina* tuvo su nacimiento en un monólogo matemático á qué se entregara el infatigable don Sinesio, y cuyo extracto es el siguiente:

«La recaudación por todos conceptos en la República mejicana, que no había podido llegar jamás á 1.000 pesetas mensuales, está á punto de rendir 5.000, gracias á la forma de un nuevo contrato arrendando todos los servicios. Repartiendo 3.000 entre los autores y aplicando 2.000 como producto de materiales de orquesta, aquéllos saldrían ganando el 66 por 100 y la Sociedad recibiría 8.000 reales al mes, por lo mismo que antes le producía con iguales gastos una bicoca.

Darán, por consiguiente, en cinco años estas 2.000 pesetas de México, una utilidad *nueva* de 24.000 duros, y teniendo en cuenta que en el mismo período de tiempo hay que pagar de menos por el interés de las



ARCHIVO DE LIBROS

(Fotografías Alfonso.)

obligaciones que amortizan la cantidad aproximada de 200.000 pesetas, tendremos una suma total de 320.000.

En cinco años, pues, puede pagarse el palacio... si el crecimiento natural de ingresos por pequeño derecho y alquiler de archivo basta para cubrir el exceso de gastos que so-

bre la actual exige la nueva finca. Tales fueron las cavilaciones de Sinesio Delgado, como tantos otros beneficios que ha hecho á los autores, «ni agradecidos ni pagados».

D. Juan Dessy, representante y apoderado de la viuda de Martos, entendió al punto la combinación aritmética, y se extendió una escri-

tura por medio de la que quedó convenido que la marquesa percibiera el 6 por 100 de las 325.000 pesetas, con la garantía de la misma finca que vendía, y que al cabo de cinco años recibiera el capital íntegro.

*

Del lujo con que está instalada la

Sociedad de Autores atestiguan las fotografías que publicamos.

El reporter, que acompañaba á Alfonso, quedó admirado de aquellos grandes sótanos que sirven de talleres de litografía y de almacenes de música y libros. El de éstos es una extensísima *sacramental* con 7.948 nichos de hierro, en donde se guardan en depósito ejemplares de otras tantas obras.

Hermoso jardín, abundantísima instalación de luz eléctrica, máquinas de calefacción, salas de copistería bañadas de luz, en donde la mañana que hicimos nuestra visita á la Sociedad de Autores trabajaban más de 60 individuos, escribiendo música á destajo. ¡Caballeros, aquello es un cuento de las mil y pico de noches!

Oficinas amplias, independientes, el despacho del gerente, tapizado de terciopelo, escalera monumental de mármol, galería japonesa con muebles valiosos, salón de música con las paredes de brocatel, biblioteca, salón de Juntas, cuarto de baño, gabinetes para conferencias y visitas, sala árabe para hablar mal de los compañeros, todo esto con techos pintados al óleo, todo grande, todo rico... Yo me encontraba mal entre aquellas magnificencias, que mi cazadora de trabajo no «decía» bien entre tanta esplendidez.

Mientras iba recorriendo la casa, hice algunas reporteriles preguntas al cicerone amable que me hacía los honores.

—¿Quiénes son los que «mangonean» aquí?—hube de preguntarle en confianza.

—Hombre, eso de «mangonear!»...

—Bueno; he querido decir que me dé usted nombres de los que regentan la Casa.

—¡Ah! Siendo así...

—Sí, señor; no es más que así.

—Pues bien; D. Emilio Sánchez Pastor es el actual gerente de la Sociedad, componiendo la Junta directiva los siguientes señores: Chapí, presidente; secretario, Antonio Casero; tesorero, Enrique García Álvarez, y como vocales, D. Miguel Echeagaray y D. José Serrano.

—Y los teatros de Madrid, ¿en qué forma abonan los derechos?

—Se les va á cobrar de la Sociedad y pagan á diario, menos Apolo, Comedia y Lara, que lo hacen por decenas.

—¿Y cuál es la tarifa?

—Apolo, 45 pesetas por acto; Español, 10 por 100 de la entrada en las obras de tres actos; el 7, en las de dos, y el 3, en las de uno; Comedia, lo mismo; Lara, 25 pesetas por acto; Zarzuela, 45 pesetas; Esclava, 35; Cómic, 30, y Price, el 10 por 100 de lo que recauda.

—¿Qué personal á sueldo tiene la Sociedad?

—Unos treinta empleados.

—¿Y de dónde se «sacan» medios para tanto gasto?

—Pero, ¿va usted á confesarme?

Enrique SÁ DEL REY.



OFICINAS DE LA CAJA



EMILIO SÁNCHEZ PASTOR, GERENTE DE LA SOCIEDAD, EN SU DESPACHO OFICIAL

"NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE..." por Arcadio Morales.



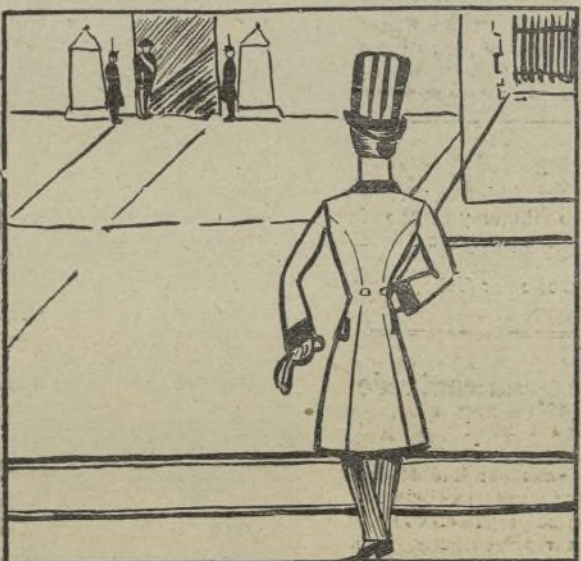
Aunque el marqués del Sable debía la camisa que llevaba puesta...



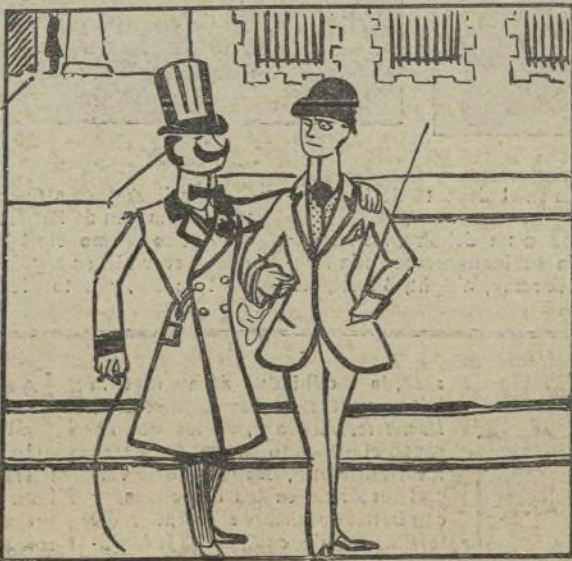
... era de ver la elegancia con que se lanzaba á la calle á partir corazones...



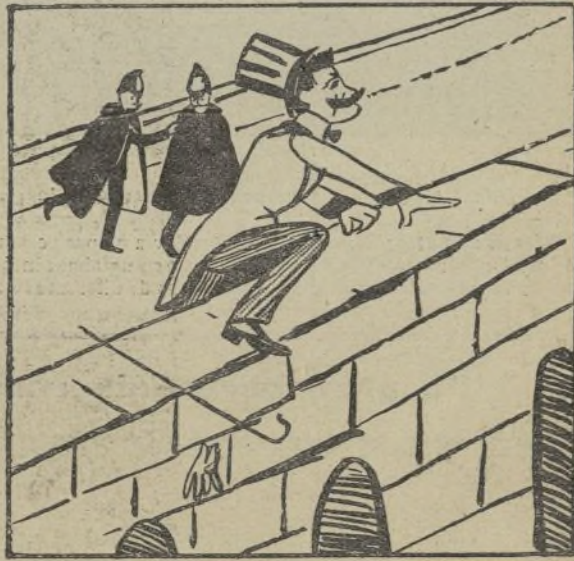
... pensando en todo menos en la lista de sus innumerables acreedores



Empezó por dirigirse á Palacio, en donde era gentil-hombre de casa y boca...



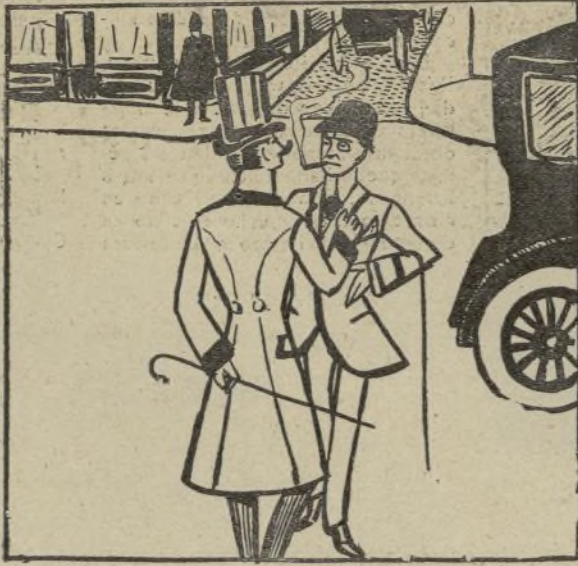
Al salir de Palacio se encontró á un amigo y le pidió mil pesetas.



Produciéndole la negativa tal desesperación, que intentó arrojar por el Viaducto.



De regreso en su casa maldijo el momento en que le faltó valor para consumar el suicidio.



Por centésima vez se libró de los acreedores con cortes excusas, y así se lo refería á un amigo.



El marqués del Sable continuó su marcha por esas calles, dándose más pisto que D. Rodrigo en la horca.



Hasta que un día llegó la "debacle"

Ayuntamiento de Madrid

EL PRIMER ALMACÉN DE AREOPLANOS



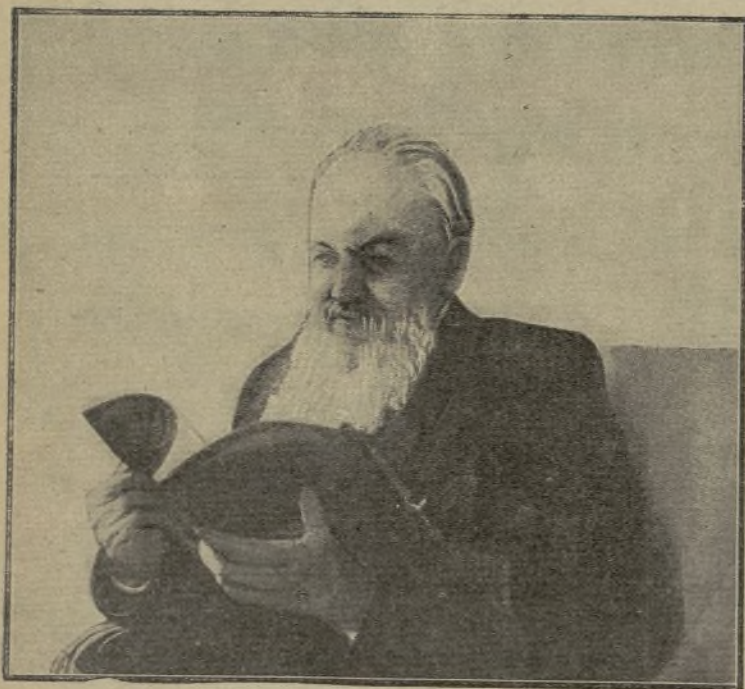
Francia es, de todas las Naciones, aquella que más ha progresado en el deporte de la navegación aérea.

Mientras en otros países ocupan todavía en perfeccionar la conquista del aire, los franceses instalan una industria de areoplanos, y en un almacén que acaba de inaugurarse en la Avenida de Ternes, se pueden comprar aparatos de diferentes sistemas: Farman, Wright, Bleriot, etc.

El primer paso está dado, porque si bien es verdad que los areoplanos que se exhiben en el nuevo almacén de París, son sólo dibujos y pruebas fotográficas, para eso dicen los expositores que con el modelo a la vista pueden encargarse pedidos de cuarenta y cincuenta mil francos, que se servirán enseguida.

También, y junto a los areoplanos en grabado, se pueden ver en el almacén bonitos facsímiles.

Un gran periodista ruso.



ALEJO SUWARINE

La Rusia liberal ha festejado, el 12 del corriente, el jubileo literario de un ilustre periodista y escritor—el cincuentenario de la aparición en la Prensa de Alejo Suvarine—, fundador, propietario y director de *Nowoje Wremia*, un gran diario ruso que ha contribuido grandemente al actual movimiento liberal de aquel país.

Alejo Suvarine tiene setenta y cinco años. Nació en 1834 en una aldea de la provincia de Waranège; tuvo una juventud difícil, penosa, pero venció todas las dificultades con la poderosa energía de su voluntad, y cuando salió de la escuela militar de Waranège, había determinado con firmeza seguir la carrera de las letras. Se trasladó a Petersburgo, bajo el reinado de Alejandro II, y comenzó a darse a conocer por críticas literarias y por traducciones; luego intentó el primer ensayo teatral, y el público ruso, el público de la capital, comprendió bien pronto que se encontraba frente a un literato ingenioso, original y fecundo. Pronto adquirió personalidad, y su temperamento, de asombrosas condiciones de asimilación, se reveló como periodista, dramaturgo, crítico profundo, moralista é

historiador concienzudo é imparcial. El autor convirtióse después en editor, por amor al libro, llevando a cabo una obra admirable por su eficaz influjo en el desenvolvimiento de la moderna y compleja cultura moscovita.

Fundar un periódico liberal en el reinado de Alejandro II y en el de Alejandro III, en épocas que el Gobierno ruso ejercía una opresiva vigilancia sobre cualquier manifestación de progreso, era empresa más que difícil, arriesgada, peligrosa; á pesar de ello, Suvarine triunfó, y desde 1876, *Nowoje Wremia* fue órgano fiel de los principios liberales; todas las esperanzas de los partidarios de una sana libertad se congregaron alrededor de Suvarine y de su periódico, al que procuró siempre la colaboración de los publicistas rusos y extranjeros de mayor renombre.

Suvarine demostró en su periódico que tenía la cualidad que caracteriza á los verdaderos periodistas; pulsaba admirablemente la opinión pública de su tiempo. Así, aun cuando en algunas de sus producciones teatrales—*Tatiana Repina*, *La cuestión*—desenvolvió temas que comovieron grandemente al público

ruso, la ductibilidad de su ingenio le inspiró otras obras—*El falso czar Demetrio*, *Medea*—, en las que alcanzó el más alto grado de belleza ideal y literaria, respetando la verdad histórica en los caracteres, y combatiendo siempre en favor del feminismo, de cuya causa fue, durante su larga y fecunda vida, campeón decidido y valeroso.

Además de *Nowoje Wremia*, Suvarine fundó una revista histórica mensual—*El Mensajero Histórico*—, que cuenta ya veintiséis años de publicación.

Devoto apasionado de los libros, Rusia debe á Suvarine gran cantidad de ediciones lujosas é innumerables ediciones populares de las obras más importantes de todo género que se han publicado en todos los países. Suvarine ha hecho en cincuenta años mucho más por la divulgación del libro y la cultura popular, que hicieron todos sus predecesores en muchos siglos.

Lo que se gana cantando.

¡Más que una fortuna!

La Patti, por tres excursiones á tierras americanas percibió dos millones de francos, y hasta algún empresario hubo de pagarle 5.000 duros por cada representación en el Metropolitano...

Más qué representan tales miserias al lado del tenor Caruso, cobrandó 40.000 francos por ir á casa de un particular á impresionar un cilindro de gramófono!

Libros recibidos.

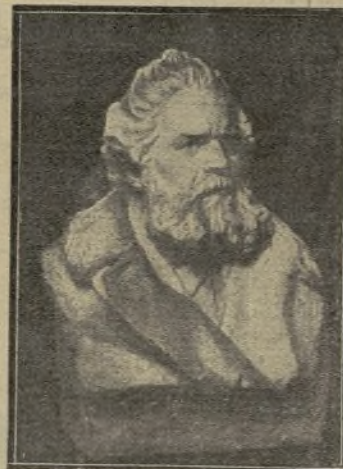
Los grandes maestros de la pintura (Goya).—F. Fe, editor.

La Conjura, novela.—Jesús Castellanos.

Novela erótica.—A. Hernández Catá.

Cabalgata de horas.—E. Ramírez Angel.

El busto de Carducci.



Que se ha colocado en Campidoglio; obra del escultor A. Cataldi.

Primer aniversario de la muerte de Edmundo de Amicis (11 de Marzo).



Busto y lápida á Edmundo de Amicis, en el Instituto técnico de Rovigo (obra del profesor Augusto Savio, de Padova).

LA "RAZZIA," DEL DÍA



—Vaya á la farmacia y que le despachen estas recetas.
—Imposible, doctor... Haga el favor de ir usted mismo, porque yo me voy ya meter en la cama.

Esquella de la Torratxa.

Ayuntamiento de Madrid

CARLOS MALAGARRIGA

Yo tengo por Malagarriga el respeto, el cariño y la admiración que en una familia—y el periodismo es una familia, aunque esté mal avenida algunas veces, no tantas como parece—guardan los hermanos pequeños al hermano mayor. Mayor no por la edad, pues la diferencia no es mucha, y cuando se dobla el cabo de la juventud para lograr la madurez, todavía se nota menos la leve distancia de unos pocos años, sino por la autoridad, el saber y el gobierno.

Malagarriga era ya un periodista de cuerpo entero, con fama en Madrid, director de uno de los diarios que más ruido han armado en España por sus campañas rudas contra todo lo instituido, cuando yo no pensaba siquiera en entrar definitivamente en el gremio y si hacía pinitos de articulista era en calidad de aprendiz o de aficionado.

Recuerdo, como si fuera ahora, que una noche, allá por el año 1884,

labra de Filosofía, y, por ignorarla, era, en mi concepto, incapaz e indigno de gobernar un pueblo. El artículo era insolente y pedante; pero, además, de una inocencia y puerilidad superior á todo encomio.

Malagarriga lo leyó, tuvo la paciencia de leerlo y, según me dijo Jerónimo Vida después, no lo encontró del todo malo. Pero no lo publicó porque era muy largo y no había espacio. El artículo ó articulo, por la extensión, no por el mérito, estaba cuajado de citas. De una vez había yo volcado allí todo mi saber de la biblioteca del Ateneo.

Al ver que no se publicaba, argüí que no podía ser defecto del trabajo su erudición mal hilvanada; pues también el gran Comenge, el simpático y extraordinario periodista Comenge, hacía gala de su extensa cultura dando á las citas el diálogo entre Milton y Cowley, tomado de lord Macanlay.

—Sí, fue verdad—hubo de re-

publicano, cartas políticas informando á sus lectores de lo que sucedía en mi tierra.

Cuando ya vine á establecerme en Madrid como corresponsal en la Corte, de *El Mercantil Valenciano*, y entré á poco en la redacción de *El Liberal*—esto era en 1889—, Malagarriga no estaba en Madrid, no estaba en España, se había ido á la República Argentina. ¡Cuántas veces lo recordé entonces, y luego como director famoso de un periódico famosísimo, como maestro en periodismo! Aun ahora, transcurridos tantos años, vuelven á mi memoria las aforanzas de aquella época lejana, envueltas en toda la poesía y prestigio de lo que fué un momento interesante, excepcional, casi único de la Prensa y de la política española.

¡Malagarriga, Comenge, Burell, Talero! Cuatro nombres ilustres en la Prensa española, cuatro grandes periodistas que á los jóvenes, á los hermanos menores en el oficio, nos iniciaron y enseñaron el arte de escribir en los periódicos. Talero lo recuerdo del Ateneo de Madrid. Era un hombre muy serio, muy instruido, muy bueno. Con él discutí varias veces sobre cuestiones filosóficas y sociales. ¡Qué pena que muriese cuando tanto y tanto valía!

Burell era y es el periodista de altos vuelos, el articulista inimitable, el que sin duda ha logrado más sonados triunfos con sus artículos políticos. Al llamarle maestro, se le rinde un homenaje debido, se le hace justicia. Sus trabajos en *El Progreso*, como después en otros muchos periódicos, son modelo de escritos periodísticos. No ya en un artículo, en un sencillo sueto se revela su personalidad. Eso es de Burell y no puede ser de nadie más que de él, por la vibración de su prosa ruilante y brillantísima, por el esplendor de sus párrafos, por la majestad de sus conceptos. La notoriedad de su pluma, es de las cosas indiscutibles é indiscutidas. Y en otros tiempos, si hubiera vivido en los años de la revolución, ya estaría cansado de ser ministro.

Comenge, mi paisano Comenge, nos lleva á todos los que trabajamos en la Prensa la ventaja de su inmensa cultura. Cuando apenas nadie sabe ya latín, Comenge lo sabe; cuando nadie ó apenas nadie tiene tiempo de bucear en nuestros clásicos, en nuestros escritores del Siglo de Oro, Comenge los recita de coro; cuando otros muchos no pueden ostentar principios sólidos de educación literaria, Comenge los ostenta. Y todas esas cualidades adornadas, enaltecidas por un carácter franco y abierto, por un genio de levanti ó exuberante, todo buena fe, entusiasmo, eterna ilusión á prueba de engaños. Él se ha batido como un soldado, él ha peleado por la bandera, él es un creyente en la patria y en la libertad. En aquel *Progreso*, al que dió lo mejor de los frutos sazonados de su ingenio, se creó una reputación.

Pues bien; al lado de aquellos maestros del periodismo Malagarriga no sólo hacía buena figura, sino que los emulaba dignamente. Llegó á dirigir *El Progreso* con aplauso del público y por voto unánime de sus compañeros al cesar en la dirección el amigo Comenge. Ser director entonces, era bastante más arriesgado que serlo ahora, pues se vivía en la incertidumbre del mañana y si ya no había curules de presos para Filipinas, para Fernando Poo ó para Canarias, cual en los tiempos heroicos que antecedieron de cerca á la Revolución de Septiembre, no se andaba nunca lejos de la cárcel. Y además de esos riesgos personales, existían para el periodista apuros económicos que ahora no sentimos felizmente. A las persecuciones del poder público, se unían otros insabores más graves. *El Progreso* fué el último vástago de una especie de periodismo que al presente no se conoce. Fué revivir en los años de la Restauración épocas pasadas, épocas semejantes á las de Cervo Asensio ó Carlos Rubio en *La Iberia*. Si la reacción perdura hoy, es bajo otras formas, de manera más mansa y más taimada.

Malagarriga, en ese tiempo de batalla, era un singular combatiente, que daba golpes y los recibía con arte extraordinario. Su musa, musa de combate, pues sus convicciones

entonces, ahora y siempre, fueron y son radicales radicalísimas, era la síntesis. Se burlaba de Cánovas y de su política con una gracia y una donosura inimitables. Al cabo de los años, aún se ríe uno al evocar ciertas frases mortificantes, crueles, que hacían sangre y que, sin embargo, era muy raro que pudiesen caer bajo la acción del Código Penal. Cazan, sin embargo, á las veces, pero no era porque su autor careciese de ingenio, de un ingenio sutil, de un ingenio capaz de decir las mayores enormidades con apariencia de cosas corrientes y usuales.

Llegó á ser temible Malagarriga en sus *Crónicas* sabrosísimas de *El Progreso*, que constituían la preocupación y la desesperación de Cánovas. Su pluma era algo así como la pluma de Rochefort, cuando aún Rochefort no se había convertido del revolucionarismo al nacionalismo. Tenía Malagarriga, tiene Malagarriga una gracia sin par, una gracia nacida de muy adentro del espíritu que levanta ronchas en la piel del adversario pareciendo que le hace una caricia. Y todo esto en una prosa fácil, amena, en ocasiones elocuente, pero sin vestirse jamás el coturno de la tragedia, aunque conservando siempre una grave dignidad. No se crea, haría mal quien lo creyese, que Malagarriga se inclinase nunca á la chocarrería ó al ultraje grosero y de mal gusto. Era y es su donaire de estirpe espiritual muy fina, como que se acompaña de una gran cultura. Ha leído mucho y ha leído bien; es un humanista para el cual no tienen secretos los libros de los grandes clásicos de todos los tiempos.

Ahora, al volver á España, al reencontrar con él una amistad nunca enturbiada, aunque seguida de lejos, al tratarle más de cerca, me ratifico en la opinión aventajada que tenía de él y aun descubro en su alma cualidades que antes me pasaron inadvertidas. Porque yo le conocía como periodista, y se me revela como juríconsulto; porque yo le recordaba como cronista de batalla, y se me aparece como autor de libros tan intensos como *Prosa muerta*; porque yo guardaba la memoria de un hombre que lucha, pero no acertaba á representarme o como un hombre enérgico, reposado y práctico, que ha vencido en el combate por la vida.

Y por eso, al pedirle que me dé algunos datos de su existencia para escribir este artículo, vuelve á surgir el Malagarriga de siempre al contestarme: «ahí van apuntes por si usted quiere prepararse á trazar andando el tiempo mi necrología» y se descubre al Malagarriga nuevo, al Malagarriga victorioso de mil dificultades en tierra extraña, viéndolo lo mucho que vale y lo mucho que hizo para conquistarse una posición desahogada en la Argentina, allí donde si algunos han llegado, no pocos han sucumbido.

Desfilan ante mis ojos esos apuntes. 1879: Licenciado en Derecho (premio extraordinario de Barcelona). 1881: Doctor en Derecho. 1881: también, redactor de *El Día* con Talero, Vicente Vera, Escobar, Laredo, Brito, etc. 1883: *El Progreso* con Andrés Solís. Lo redacta en unión de Comenge, Burell, Talero, Perojo, y luego lo dirige. Silen estos cuatro en 1884. Sigue dirigiéndolo con Francisco Rodríguez, Oavarría, Vida, Bofil, Gualberto Gómez, Valero Hervás, Ginard de la Rosa, etc. 1887: Muere *El Progreso*. Funda *El Pueblo* con la misma redacción. Se funde con *El País*. 1888: Sufre *El Pueblo* siete procesos. Le condenan á su director, Malagarriga, á tres años de presidio por un artículo. Por intercesión de Alvaro Figueroa extingue sólo una pena de tres meses en la Cárcel Modelo. Quiere indultarle y protesta contra ese ataque á su dignidad y á sus convicciones. Y en la cárcel recibe la oferta de ir á Buenos Aires.

A partir de esa época empieza un nuevo ciclo de vida, para nosotros, los que vivimos en Madrid, conocido en conjunto, pero no en detalle. Los apuntes que para escribir, según su frase, la necrología—andando el tiempo y que tarde mucho—tengo sobre la mesa del despacho, me hacen saber que Malagarriga llegó á la Argentina el 22 de Febrero de 1889. Me hacen recordar que entró en *El Correo Español* primero, y después

en *El Nacional*, y que en ambos renovó sus campañas notables de *El Progreso*.

Malagarriga, como era natural, aspiraba á algo más que á ser un periodista en la Argentina; aspiraba á hacer fortuna, cosa vedada en esta profesión de pobres bien relacionados que se llama el periodismo. Y lo logró plenamente: lo logró revalidando el título, ejerciendo de abogado en procesos célebres, de extraordinaria resonancia, como el de la Parsons, Góiburo, Paizo y otros muchos. Su talento previsor y práctico lo prueba Malagarriga con este hecho: se casó y fundó familia cuando ya tuvo una profesión de seguro porvenir, de positivos rendimientos. Y si como abogado criminalista alcanzó grandes lauros, no menores los consigue hoy que principalmente se dedica al Derecho Mercantil. Antes, ahora y siempre, Malagarriga se constituyó y se constituye en el obligado defensor de todo español pobre que llega á su puerta. Durante veinte años ha tenido en la entrada de su bufete un letrero que dice: *Consulta gratis, para españoles pobres*. Es decir; unas diez mil consultas, que á cinco duros representan una suma perdida en aras de la fraternidad con los compatriotas de 50.000 pesos! Así es y ha sido la providencia de los españoles que recalcan en la Argentina, porque no sólo los defiende, sino que además, y á cuantos puede, los coloca.

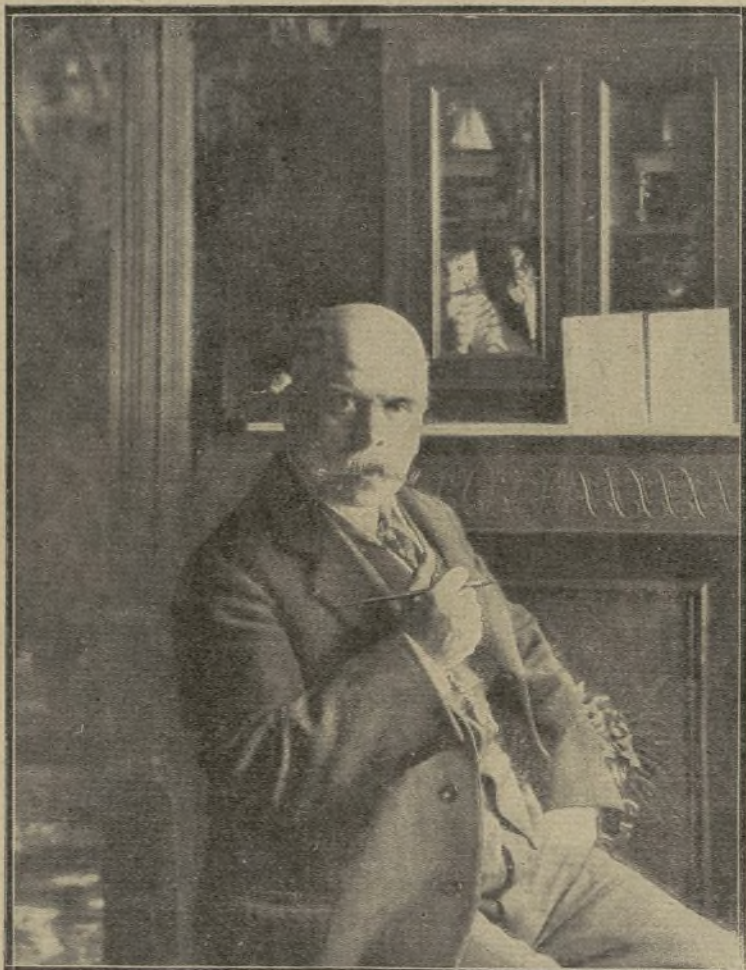
Ha escrito muchos y buenos libros como abogado, como periodista, como paladín de las causas nuevas y radicales, cual el socialismo. Entre sus obras figuran los *Comentarios al Código de Procedimientos civiles y criminales* (dos tomos, de los cuales se han hecho varias ediciones); *Comentarios al Código Penal*; *Quebras, Nulidad del juicio ejecutivo*, etc. Entre sus folletos, uno notableísimo: *El derecho á las huelgas*, en el que se contiene cuanto se escribió y legisló acerca de la vida obrera durante diez años. Y luego varios sobre cuestiones jurídicas. Y luego un libro, el que se titula *Prosa muerta* para elogiar el que necesitaba otro artículo tan largo como éste. En él aparece Malagarriga como maestro en periodismo.

Sus trabajos en la Liga Republicana y en la Liga Española; sus trabajos para realizar la idea generosa y grande de elevar un monumento á la Argentina, motivo de su viaje actual á España, están demasiado presentes á mis lectores para que yo necesite aquí recordarlos y ensalzarlos. Ellos han sido objeto de dos conferencias: una en la Sociedad Ibero-Americana y otra en el Ateneo, que acreditan á Malagarriga de conferenciante notabilísimo.

Y aquí está Malagarriga, promoviendo, como es justo y natural, un movimiento general de simpatía, un homenaje de profundo afecto al español intelectual y trabajador que honra á esta raza nuestra de eternos luchadores. En el banquete del Teatro Real, fiesta de la patria, festejaremos, no al político, no al republicano, no al antiguo director de *El Progreso*, que á ese ya lo abrazamos y levantamos la copa en su honor el 11 de Febrero, sino al español que con otros muchos simbolizan la expansión fecunda de nuestra nacionalidad, de nuestra civilización, más allá de los mares, en aquella tierra de América, hoy más que nunca unida á España por lazos fraternales más sólidos cuanto más libres, cuanto más espontáneos.

Honrando á Malagarriga, festejando á Malagarriga, nos festejamos y honramos á nosotros mismos. Los españoles que residen en América se han de considerar como presentes en el homenaje del Teatro Real, como unidos á los españoles de España en la persona del ilustre Malagarriga. Porque no olvidemos que es á un obrero de esa obra intensa y fecunda de la dilatación de nuestra vida, genio y alma en el Nuevo Mundo, al que abrazamos, al que le confiamos el noble y alto encargo de transmitir ese abrazo á los que con su trabajo, con su hecho, perpetúan la historia de España. ¡Ah, la gran Historia, sin la cual no se concebiría la Historia de la Humanidad en los siglos que fueron, y aún más, en los siglos que serán!

Luis MOROTE



en lo más fuerte de las violentas, violentísimas campañas de *El Progreso*, cuando Malagarriga, como director, escribía admirables, regañadas, intencionadísimas *Crónicas* con que cotidianamente se encabezaba el número del valiente diario, estuve en la Redacción—instalada entonces en la calle de las Salesas—á llevar un gránito de pólvora á aquella mina, siempre cargada de explosivos.

Malagarriga no se acordará, seguramente, del caso. ¿Cómo va á hacer memoria, al cabo de los años, de la osadía de un principiante? ¿Cómo un director de periódico puede fijarse en los pinitos de un recién salido de las aulas y, por añadidura, opositor á cátedras, como era yo por aquel tiempo? Mi padrino, mi valedor en aquellos empeños, era mi amigo y compañero de la Universidad, el hoy sabio catedrático é ilustre abogado Jerónimo Vida. Me protegía mi amigo y compañero; pero creo yo que sin estar bien seguro del triunfo de nuestra pretensión cerca del director de *El Progreso*.

Porque lo que llevaba yo con la intención decidida de que se publicase al día siguiente, imaginando que iba á causar sensación, era un artículo en que, sirviéndome de las lecturas recientes de Spencer y de Schopenhauer, lecturas que se me antojaban el colmo de la sabiduría, pretendía demostrar que Cánovas, el odiado Cánovas, no sabía una pa-

plicar Malagarriga, ó al menos eso me contó Jerónimo Vida; pero no hay que farse de tales sabidurías, que yo admiro; pues á Comenge, el famoso diálogo, le costó ir al Saladero...

Y esto me convenció y me hizo desistir de ensayarme en la política filosófica y transcendental. No era mi vocación penetrar en la Cárcel Modelo recientemente inaugurada, así fuese como discípulo de Spencer y de Schopenhauer. Porque yo joven iluso, periodista en ciernes, me había creído de buena fe la discretísima excusa del director de *El Progreso*, sin adivinar la fina ironía de sus palabras. De fijo que si el artículo se publica no lo lee nadie, ni el fiscal de imprenta, y de leerlo, no hubiera sufrido persecución de ninguna clase.

Aquello me sirvió de lección y aun de recomendación, pues publiqué en *El Progreso* alguna que otra cosilla, y todas sin firma, y todas relativas á libros. Mi respeto y admiración por Malagarriga aumentó en tercio y quinto supuesto que me había librado de un grande y grave peligro conforme á mis ilusiones de aquel tiempo ya remoto.

Acabadas aquellas oposiciones que ganó mi queridísimo amigo Adolfo Posada, porque merecía ganarlas, yo regresé á Valencia á ejercer la profesión de abogado. Y de cuando en cuando enviaba á *El Progreso*, á *El Progreso* francamente re-



MONUMENTO Á PEREDA.—BOCETO PREMIADO, OBRA DEL NOTABLE ESCULTOR COULLAUT VALERA

VEINTIDOS DIAS SIN COMER



Joven de veintitrés años, antes del ayuno absoluto de veintidós días.



Joven de veintitrés años, después del ayuno absoluto de veintidós días.

La señorita Hilda Mrotek acaba de hacer notables experiencias de ayuno en su país, compitiendo con los célebres ayunadores italianos Succi y Merlati. Fraulein Mrotek es una joven de veintitrés años, nacida en Ferguson, que no teme los peligros de una larga abstinencia. Ingresó, para hacer pruebas de ayuno

en el Hospital de la Caridad, de Berlín, hacia principios del mes de Enero último, y pasó allí veintidós días sin tomar ningún alimento, bajo la estrecha vigilancia de los médicos, que han estudiado minuciosamente las diversas relaciones observadas entre el estado particular en que se encontraba y el funcionamiento ge-

neral del organismo: respiración, circulación, etc. Este hecho, curiosísimo y extraño, está autorizado por dos eminencias científicas, el profesor Kraus, director de la Clínica del Hospital, y el profesor Teodoro Brugsch, de la Clínica de la Universidad, en un certificado en debida forma, firmado en 25 de Enero de 1909.

FIGURAS FEMENINAS

por Arcadio Moraleda.



EL MUERTO RESUCITADO AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE UN ANARQUISTA RUSO



ced por la próxima calle y colocó en la sombra.

Dudé un momento; pues lo mismo podía habérmelas con un compañero, que con un vulgar asesino. Decidí, sin embargo, desafiar el peligro, y volviendo bruscamente hacia la izquierda, ví que el desconocido me seguía hacia la parte convenida en la sombra.

—No os detengáis ni me contestéis—murmuró—; pero oid bien lo que os voy a decir.

Continuamos andando como gentes que no se conocen, y él se puso a decirme, como si hablase consigo mismo:

—Kosnapulski no debe volver a su hotel. La Policía está allí esperándolo para prenderlo en cuanto vuelva, y nadie mejor que Kosnapulski debe saber si tiene ganas de encontrarse con la Policía, y si, por casualidad, hay algo comprometedor en su porta-mantas.

—¡Cielos! Mi manifiesto—dejé escapar—. Y está firmado por mí, Juan Antonio...

—Chist... Callaos. Es preciso sacrificar el manifiesto. Lo mejor que podéis hacer es ganar a pie la frontera de Prusia. Yo tengo aquí un paquetito que voy a colocar en el borde de una ventana. Cuando me haya alejado, venid detrás de mí y tomadlo. Contiene varias cosas que os servirán en el camino. Id más despacio para que yo pase delante, y luego volved sobre vuestros pasos. Adiós.

El hombre apresuró el paso y se me adelantó, rozándose. Llevaba el semblante oculto y tapado. Yo le apreté silenciosamente la mano cuando me rozó. Era lo menos que podía hacer; todo cuanto la prudencia me permitía. A los pocos momentos volví sobre mis pasos y tomé el paquete que estaba en el sitio indicado. En cuanto llegué al mis oscuro rincón que pude encontrar, lo abrí. Contenía una barba postiza

y unas gafas azules, que me sirvieron para disfrazarme. Encontré también algunos billetes de Banco y una nota escrita con lápiz, que no pude leer a causa de la oscuridad; un frasco de vodka y, por último, un pedazo de pan y de carne fiambre.



Este era todo mi viático para la peregrinación que iba a emprender, que fué, en verdad, un terrible viaje. Sólo caminaba de noche, ocultándome en los bosques durante el día. Pero no nos detengamos en los detalles.

El peligro que corría se me avisaba en la carta escrita con lápiz, y en este papel había envuelto, mi misterioso amigo, el pan y la carne.

Leí la carta en los bosques, al mismo tiempo que me disfrazaba, y la leí de nuevo, a la luz de una lámpara, en la primera posada prusiana que encontré, después de pasar la frontera.

II

—Oid, amigos míos—nos dijo Kosnapulski—; oid y decidme si habéis recibido alguna vez una carta parecida a ésta, y al mismo tiempo admirad el estilo de mi incógnito corresponsal.

Atención; pues la recito de memoria:

«Estad alerta. La tercera sección os quiere prender. Tiene el brazo largo y ningún escrúpulo. No hay región, por remota que sea, en donde no podáis temer su persecución. Empleará todos los medios, hasta el veneno y el puñal. Esta vez he podido avisaros; pero, si se repite, no encontraréis nadie que os dé el alerta. Si queréis salvar la vida, ocultaros hasta que se olvide vuestro nombre.»

Me regocijé un instante en silencio. Era evidente que nuestra causa prosperaba, puesto que hasta en la tercera sección había un amigo para proteger a los defensores del pue-

blo; pues bien claro estaba que mi hombre pertenecía a dicha sección.

En mi alegría llegué a olvidar toda prudencia, y no pude menos de invitar, a los que se hallaban en el café, a algunos vasos de vino del Rhin, poniéndoles al mismo tiempo al corriente de lo que causaba mi buen humor.

Mina, la hija del cafetero, que me observaba al mismo tiempo que servía a los parroquianos, me tropezó al pasar para llamar mi atención, y me hizo una imperceptible seña de que la siguiese, a lo cual obedecí al momento.

—Pero, ¡qué imprudente sois!—me dijo—. ¡Si hubiera un espía en la sala!

—No tenéis más que enseñármelo—le contesté—y yo me encargo de hacerle salir, quitándole las ganas de volver.

tado hasta entonces, y principié a darme cuenta de cuán terrible era el poder de esa tercera sección; pero no habían de transcurrir muchas horas sin que lo comprendiera mejor todavía. En aquel instante, el cafetero, el padre de Mina, entró en escena, profiriendo groseros juramentos.

Su hija, asustada, echó a correr antes de que yo pudiera intervenir.

Me alcé, con dignidad, y le dije: —Os suplico que me escuchéis, caballero. Si hay aquí alguien digno de censura, soy yo, que hacia a vuestra hija una sensible pregunta, que a vos mismo voy a dirigir: ¿Podéis proporcionarme un caballo y un carruaje para conducirme a la más próxima estación de ferrocarril?

El mal humor de aquel grosero pasó de pronto, de modo que se hizo relativamente atento



No me atrevo, por razones que no puedo deciros; pero suponed que el espía envía un telegrama cifrado a San Petersburgo...

—Y bien; supongámoslo; ¿qué puede hacer San Petersburgo?

—Pedir vuestra extradición, fundándola en una acusación de robo, por ejemplo.

—Pero, ¿no hay jueces en Alemania?

—Sí, los hay; pero están sobornados—contestó Mina.

—¿Pero eso ha pasado ya alguna vez, mi ángel de la guarda?

Me contestó con un movimiento de cabeza, y a expresión de su mirada era absolutamente afirmativa.

Entonces se apoderó de mí un terror, tal como lo había experimen-

—Es una hora bastante intempestiva para viajar; pero si estáis decidido...

—Absolutamente decidido.

—En ese caso, yo mismo os llevaré.

—Os lo agradezco.

—Entonces, venid a la caballeriza.

Me guió a la cuadra, y al cabo de unos diez minutos el coche estaba dispuesto y el caballo enganchado.

—Aquí tenéis algo para entrar en calor—me dijo, mostrándome un frasco.

—Más valdría tratar de dormir un poco.

Subió al carruaje y lo lanzó en la obscuridad de un tortuoso caminejo.

A. Sánchez Ramón.
(Continuará.)

—Aquí donde me véis—dijo, después de haberse echado al colete un vaso de vino blanco—, yo he sido cazado; pero cazado como una fiera por los agentes de la tercera sección.

—¿La Policía secreta del Zar?

—Justamente.

—¡Oh!—exclamó uno de los viajeros—. Contadnos eso.

—Si os empeñáis...

—Ciertamente.

—Entonces, allá va... Habrá de esto unos veinte años. Era en aquellos días en que las bombas estallaban en Rusia a cada instante... Creíase entonces—y era un gran error—que no había más medio de hacer la revolución que empleando esas máquinas. Yo me exalté por la idea, é inventé un nuevo sistema de bomba. Coloqué ésta con todos los accesorios, sin olvidar el manifiesto de rigor en mi porta-mantas, y me dirigí hacia el teatro de la acción, al que nunca debía llegar, gracias a las maquinaciones de la Policía.

Pero tomemos los acontecimientos desde el instante en que supe que los emisarios de la tercera sección estaban sobre mi pista.

Era en Varsovia. Yo habí llegado una tarde, a hora avanzada, comiendo en el mejor hotel y bebiendo silenciosamente, por el buen éxito de mi empresa, el espumoso vino de la amada Ciquot.

Después de la comida fui a dar un paseo por la ciudad, fumando un cigarro a la luz de la luna.

Era ya bastante tarde y no se veía a nadie en las calles; sin embargo, después de muchas vueltas y revueltas, noté el rumor de un paso rápido y furtivo, como el de un hombre que me fuera siguiendo, y oí una voz que me decía:

—Cualquiera que seáis, no miréis hacia atrás, seguid derecho y aprovechad de lo que os voy a decir. ¿No os llamáis Kosnapulski?

—Es una parte de mi nombre—contesté sin volver la cabeza—. Yo me llamo Juan Antonio...

—Está bien. Vos sois el que busco—interrumpió el desconocido—. Pero no puedo hablaros aquí. Tor-



Cosas del OTRO JUEVES



Ya tenemos Teatro Nacional; pues el proyecto de ley va disparado, como una bala, á la *Gaceta*, y la provisión de cargos oficiales, sobre todo siendo bien retribuidos, se hace en veinticuatro horas, como los iutos y las tarjetas de visita.

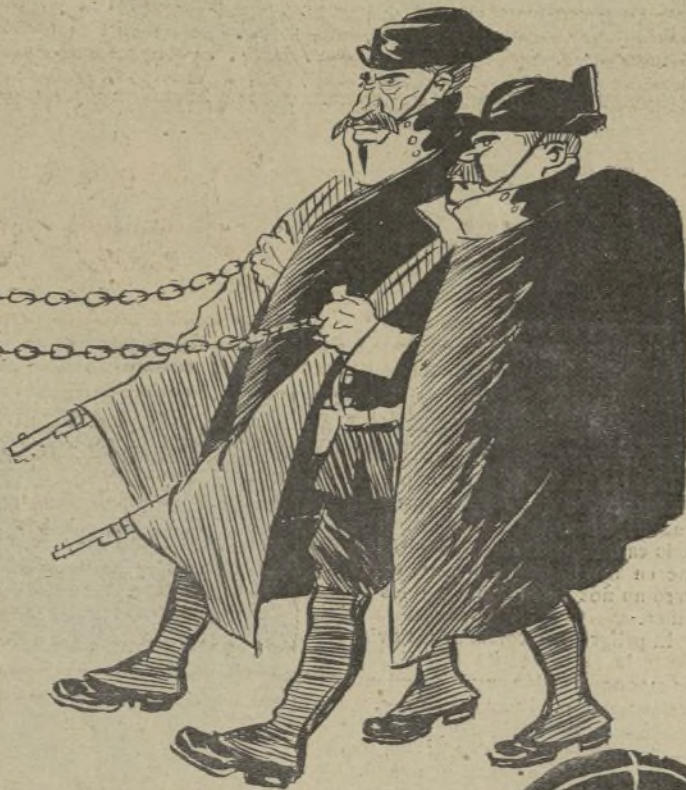
Ya la literatura ha entrado en los dominios de la Administración pública, que es como meterse en una sentina, y cometida á la férula de los Gobiernos, correrá la misma desdichada suerte que la Agricultura, la Industria y el Comercio y demás producciones de la actividad humana sujetas á su reglamentación y á sus gabelas.

Ha dejado de ser un arte liberal para convertirse en un servicio del Estado con todas las deficiencias y arbitrariedades inherentes.

oculto modestamente entre el barullo de las mayorías.

Pero filósofo á mi manera y para mí sólo sobre la paradójica fortuna que en este país alcanza lo superfluo y la desdichadísima suerte que el destino le reserva á lo necesario.

Con media docena de artículos y otra media docena de discursos, se ha creado el Teatro Nacional, que al fin y al cabo es un siberitismo de la cultura pública, mucho más cuando por falta de producción literaria parecen los teatros particulares ó son siervos de la producción extranjera, y, en cambio, con planas enteras de los periódicos, con interpelaciones parlamentarias, mítins y manifestaciones y protestas ostensibles de la opinión, no se logran tantas y tantas cosas necesarias, imprescindibles,



No quiere decir este mi tono zumbón y plañidero, que yo sea enemigo del Teatro Nacional, sacado á colación por la Prensa á falta de más interesantes asuntos, patrocinado por los elementos liberales parlamentarios, por entrar dentro del programa de su política progresiva, y aceptado inmediatamente por el Gobierno como pretexto inesperado, para crear una nueva dirección adscrita al ministerio de Instrucción pública con el personal técnico y administrativo correspondiente.

En primer lugar, yo no soy enemigo de nada; no lo soy de lo bueno, porque sirve para desterrar lo malo, ni de lo malo porque sirve para aquilatar y ambicionar lo bueno, y aunque fuese enemigo de la creación del Teatro Nacional, una higa se le importaría á sus patrocinadores.

Reconozco mi insignificancia y la

oies, de que, por desgracia, carecemos.

La misma solicitud con que el Gobierno ha recogido la idea y va á ponerla en práctica, es síntoma acusador de su inutilidad.

En todo lo que llevo de vida no he visto hacer, en veinticuatro horas, á los Gobiernos nada útil; en veinticuatro horas se hacen aquí leyes de jurisdicciones que atentan contra todos los derechos, y se conceden construcciones de escuadras inservibles.

En fin, ya tenemos Teatro Nacional. Y ahora pregunto yo: ¿Dónde están los autores y las obras que han de abastecerlo?

Es la misma pregunta que todas las temporadas se hacen Díaz de Mendoza, Tirso Escudero y cuantos empresarios desfilan por el teatro de la Princesa.

Ahora, con la creación del Teatro

Nacional, dependiente del Estado, se podrán hacer las obras teatrales por administración, como se hacen las carreteras, mediante la comisión inspectora del ripio y del cascote.

También se pueden sacar á pública subasta.

Ya me parece estar leyendo la *Gaceta*:

Real decreto del ministro de Instrucción pública sacando á concurso la fabricación de un drama en tres actos para el Teatro Nacional, con arreglo á las bases que á continuación se expresan:

1.^a El drama ha de ser completamente original.

tiene el Arte dramático á su servicio, y de su cuenta, crear un Cuerpo de Autores dramáticos del Estado con escalafón y derechos pasivos, y hasta arrearle un uniforme con espada y gorra de plato.

Las plazas se sacarán á oposición y se admitirán toda clase de recomendaciones.

Debe dejarse un cuarto turno de libre elección para los ascensos y una puerta falsa para el ingreso sin oposiciones.

Por ejemplo: Tendrán categoría de autores dramáticos del Estado de tercera clase, con derecho á ingresar por el turno de elección en el

2.^a Debe estar escrito en castellano.

3.^a Se deja á voluntad del concursante el género de muerte del protagonista, siempre y cuando no sea de enfermedad infecciosa ó de atentado anarquista, prohibido por la ley de represión vigente.

4.^a Sus materiales de resistencia han de garantizar veinte representaciones.

5.^a Será entregado en tres plazos de quince días, á contar desde el de la publicación de este Real decreto.

Supongo que no se llevará la tiranía oficial hasta exigir fianza metálica y responsabilidad subsidiaria el día del estreno.

Aunque no estaría mal que los autores fracasados fuesen á la cárcel como los contratistas estafadores.

También puede el Estado, ya que

Cuerpo, todos los que hayan estrenado tres obras en los cines ó hayan publicado tres docenas de artículos con firma en los periódicos.

Animo, juventud literaria, un porvenir rosado se abre ante tus ojos; á estudiar los clásicos y á buscarse recomendaciones, sobre todo esto último, porque al fin y al cabo se trata de una carrera del Estado.

¡Que la suerte os depare un bonito uniforme! ¡Sin gorra de plato! Ya es bastante que tengáis el plato de gorra, sin necesidad de sostener las repugnantes luchas de los bastidores extraoficiales.

Yo, por de pronto, me voy á hacer unas tarjetas con el ostentoso título de *contratista de obras dramáticas del Estado*.

Se venden materiales.

EL SASTRE DEL CAMPILLO,

(Dibujos de TOVAR.)



Lecturas sensacionales.

LA SEMANA ILUSTRADA es el periódico para todos; procura sintetizar en sus páginas las aficiones de una gran masa de lectores, y no desperdicia medios ni procedimientos artísticos para atraer la simpatía y la atención de un público muy extenso. Con tal propósito inaugura desde el presente número una nueva sección, titulada

Lecturas sensacionales.

En ella se publicarán trabajos originales, que han de alcanzar inmensa popularidad y resonancia. La primera de estas narraciones, debida a la brillante pluma del redactor de *El Imparcial*, A. Sánchez Ramón, es:

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

En el relato emocionante que hallarán nuestros favorecedores en éste y en sucesivos números de LA SEMANA ILUSTRADA, no se sabe qué admirar más, si la gallardía del estilo ó el interés cada vez más creciente de los episodios. Podemos calificar, sin temor á equivocarnos, de novela maestra y modelo en su género á

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

Nuestras novelas cortas.

La brillante serie de "novelas cortas" que ha inaugurado LA SEMANA ILUSTRADA, merece coleccionarse por nuestros lectores.

Estas interesantísimas é inéditas narraciones están llamadas á alcanzar cada día mayor éxito. Así es que conviene solicitar sin demora de nuestra Administración los números atrasados que falten.

Hasta ahora van publicadas las siguientes novelas, que pueden adquirirse, con sus números respectivos, al precio corriente de diez céntimos:

- 1.—La hija de Dios, por José Roca-mora.
- 2.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.
- 3.—El primer olvido, por Gustavo Vivero.
- 4.—Los perseguidos, por Parmeno.
- 5.—La vida rota, por José Francés.
- 6.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.
- 7.—Escarmentados, por la Condesa de Pardo Bazán.
- 8.—La Vampiresa, por Emiliano Ramírez Angel.
- 9.—Los venteros de Daimiel (tradición), por Pedro de Répide.
- 10.—Boda de almas, por Jacinto Octavio Picón.

Seguirán "Novelas cortas" por Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Antonio Sotomayor, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, José Ortega Munilla, Azorín, José Francos Rodríguez, Rubén Darío, Enrique López Alarcón, Manuel Linares Rivas, Luis de Tapia, Manuel Bueno, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Luis López Ballesteros, Ramón del Valle Inclán, Carlos Fernández Saw, Felipe

Trigo, Pompeyo Gener, Alfredo Vicente, Armando Palacio Valdés, Luis Morote, Antonio Zozaya, Gabriel Miró, Felipe Pérez y González, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bello, Antonio Cortón, Francisco Acebal, Manuel Machado, etc., etc.

La "Novela corta" vale por sí sola más de los diez céntimos á que se expende LA SEMANA ILUSTRADA.

Un gran concurso de "bebés."

LA SEMANA ILUSTRADA sigue experimentando extraordinarias reformas que darán á su texto y grabados variedad é interés cada vez mayores.

Una de las mejoras que desde luego ofrece, es la organización de Concursos curiosísimos y amenos, que tendrán además el aliciente de artísticos y valiosos premios.

Nuestro primer Concurso de esta serie, es el de "bebés" que inauguramos en el número 96 publicando una bella plana con fotografías numeradas para la votación.

No se admiten votos hasta que terminemos la publicación de todos los retratos que se reciben. Se desecharán las fotografías que no sean realmente bellas y artísticas.

Los originales fotográficos de "bebés" para este Concurso deberán enviarse al director de LA SEMANA ILUSTRADA, Colegiata, 7, casa del *Heraldo*, Madrid.

En números sucesivos se dará cuenta de los premios y de las condiciones á que se ha de ajustar la votación; así como también contestaremos á cuantas dudas se ofrezcan á nuestros lectores.

Apertura de la temporada taurina.



—¡Jesús!... Sospecho que nos van á zalar zabañones...

(La Esqueña de la Torratxa.)

Medida salvadora.

En una república de Centro-América, con objeto de prevenirse contra la verborrea parlamentaria, no se autoriza á los miembros de las Cámaras para que puedan estar en el uso de la palabra más que aquel tiempo que puedan sostenerse guar-

La nueva vida en las ciudades de Italia devastadas por los terremotos.



VIVIENDAS IMPROVISADAS EN REGIA MARINA (SAN GIOVANNI)

dando el equilibrio sobre una pierna. He aquí una medida que deberíamos aplicar en nuestro Congreso. Oyentes y electores de los padres de la patria no serían quien salieran ganando menos.

QUISICOSAS

Es Natividad muy fea, y se arregla y se acica para poder de este modo parecer algo más guapa; mas dice que no le importa no tener bonita cara, y que si grandes esfuerzos hacen por hermosearla, es... porque los hombres dicen que es el espejo del alma.

Tu pe'lo dicen que es oro, tus labios son de granate, tus dientecitos son perlas y tus ojos azabache... ¡Tienen razón los que afirman que eres una alhaja, Carmen!

—Un beso he dado á Lucía.

—¿No se opuso?

—Te confieso que creí que se opondría; pero, nada: al darle el beso no dijo «esta boca es mía».

Rafael MAROTO.

REGLAS Método infalible para toda clase de retrasos. Cheque de 11 francos ó vales internacionales. Farmacia. Burot, 17, Nantes (Francia).

Tres viajeros y revendedores búscanse para la venta de artículos da absoluta novedad, de muchísima y fácil venta, así como de gran ganancia. Escribir: Casella 557. Trieste (Austria).

Piropos de actualidad.



—Señora, ¿puede saberse á qué cine suele usted concurrir?

(El Diluvio, Barcelona.)

Colecciones artísticas de LA SEMANA ILUSTRADA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO

CUADROS PUBLICADOS

Serie Velázquez.

- 1.—Los borrachos.
- 2.—La fragua de Vulcano.
- 3.—Mercurio y Argos.
- 4.—La rendición de Breda.
- 5.—Las Meninas.
- 6.—La coronación de la Virgen.
- 7.—San Antonio y San Pablo.
- 8.—El bobo de Coria.

Serie Murillo.

- 1.—La adoración de los pastores.
- 2.—La virgen del Rosario.
- 3.—La Purísima Concepción.

Serie Ribera.

- 1.—Un santo ermitaño en oración.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En el número próximo:

LA GARZA REAL

HISTORIA DE UN «PAÍS» DE ABANICO

por Enrique López Alarcón.

Una novela corta, completa é inédita, en todos los números.

LOS GRANDES EXITOS

Al terminarse la publicación del sainete lírico

Aquí hase farta un hombre,

por Jorge y José de la Cueva y música del maestro Chapí, comenzaremos á insertar en nuestro folletón encuadernable ilustrado, el libro íntegro de la aplaudidísima zarzuela de Antonio Viérgol y el maestro Calleja,

LAS BRIBONAS

Todos los que se suscriban durante la semana entrante á

La Semana Ilustrada

recibirán gratis los números anteriores, con el principio de nuestro folletón encuadernable

AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Dos reales al mes en toda España.

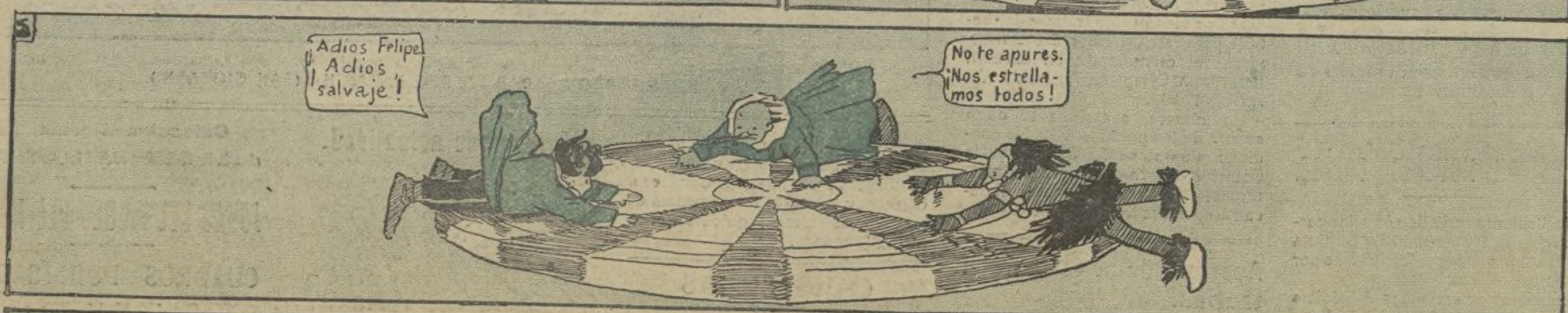
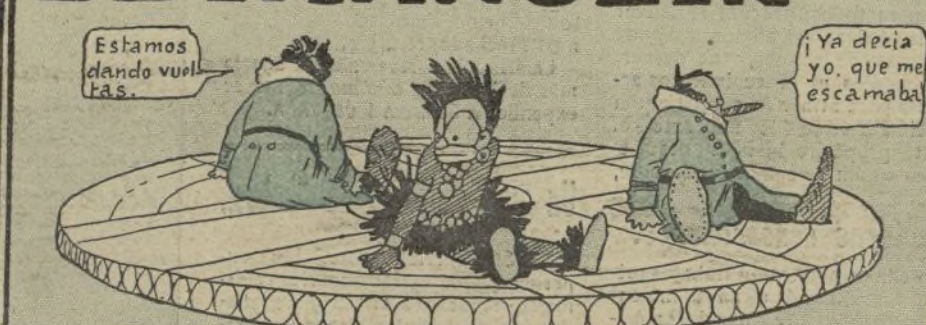


Cómo una señorita, modesta,—puede ser convertida por la nieve—en una elegante, á la moda.

(Le Pele-Mele.)

Ayuntamiento de Madrid

LOS SUEÑOS DE MANOLIN



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL HERALDO DE MADRID, CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 7.

Ayuntamiento de Madrid